Universidad Rey Juan Carlos

**TRABAJO FIN DE MÁSTER**

# La evolución de la influencia y política exterior de Turquía (1923-2025)

## Un estudio del caso de los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central

**Autora: Clara Arias Bugallo**

**Directora: Amal Abu-Warda Pérez**

**MÁSTER EN PERIODISMO INTERNACIONAL**

**Curso: 2024/2025**

# ÍNDICE

**INTRODUCCIÓN ..... 4**

1. OBJETIVOS ..... 5
2. PREGUNTAS DE INVESTIGACIÓN E HIPÓTESIS ..... 7
3. MARCO METODOLÓGICO ..... 8
4. JUSTIFICACIÓN DEL TRABAJO ..... 10
5. DIFICULTADES ..... 11
6. ESTRUCTURA ..... 11

**CAPÍTULO I: FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y CONTEXTO INTERNACIONAL DE TURQUÍA ..... 14**

1. CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE LA POLÍTICA EXTERIOR ..... 14
2. EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE TURQUÍA ..... 24

2.1. Golpes de Estado y gobiernos militares: su impacto en la política exterior durante la Guerra Fría ..... 25

**CAPÍTULO II: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN LOS BALCANES ..... 32**

1. INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES HISTÓRICOS ..... 32
2. REORIENTACIÓN POST-GUERRA FRÍA Y CONFLICTOS EN BOSNIA Y KOSOVO ..... 34
3. LA ESTRATEGIA DEL AKP: PODER BLANDO Y AMBICIÓN REGIONAL ..... 36
4. INSTRUMENTOS DE INFLUENCIA: DIPLOMACIA, CULTURA Y ECONOMÍA ..... 38

**CAPÍTULO III: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN ORIENTE MEDIO ..... 45**

1. DE LA MARGINALIDAD A LA APERTURA (1923–1990) ..... 45
2. REAJUSTES EN LOS AÑOS 90: SEGURIDAD Y PRAGMATISMO ..... 46
3. EL GIRO ESTRATÉGICO DEL AKP: NEO-OTOMANISMO Y "CERO PROBLEMAS" ..... 48
4. DE LA PRIMAVERA ÁRABE AL INTERVENCIONISMO REGIONAL (2011–2025) ..... 50

**CAPÍTULO IV: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN EL CÁUCASO ..... 57**

1. HERENCIA HISTÓRICA Y TENSIONES GEOESTRATÉGICAS (1923–1991) ..... 57
2. REAJUSTE TRAS LA GUERRA FRÍA: ENERGÍA, IDENTIDAD Y NUEVOS ALIADOS ..... 58
3. EL AKP Y LA ACTIVACIÓN REGIONAL: DIPLOMACIA Y LIDERAZGO ..... 59
4. CONFLICTO Y CONSOLIDACIÓN: LA GUERRA DE 2020 Y LA HEGEMONÍA TURCO-AZERÍ ..... 62

**CAPÍTULO V: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN ASIA CENTRAL ..... 67**

1. DE LA DISTANCIA AL RECONOCIMIENTO: RAÍCES Y PRIMEROS CONTACTOS (1923–1991) ..... 67
2. ESTRATEGIA DEL AKP: PAN-TURQUISMO PRAGMÁTICO Y MULTILATERALISMO (2002–2020) ..... 68

3. CONSOLIDACIÓN GEOPOLÍTICA EN EL NUEVO ESCENARIO EUROASIÁTICO (2021–2025) ..... 70

**CONCLUSIONES ..... 74**

**BIBLIOGRAFÍA ..... 74**

# INTRODUCCIÓN

Desde su proclamación como república en 1923, Turquía ha oscilado entre distintas lógicas de inserción internacional, marcadas por factores estructurales, ideológicos y geopolíticos. Inicialmente orientado hacia una política exterior de neutralidad, no intervención y europeización, inspirado por la visión de Mustafa Kemal Atatürk, el país ha ido progresivamente redefiniendo su papel en el sistema internacional en función de los cambios internos y del entorno regional e internacional (Mango, 1999; Yücel, 2011). Esta evolución ha estado condicionada por su posición geográfica, situada entre Europa y Asia, y por su historia como heredera del Imperio Otomano, lo que ha dotado a Turquía de una identidad geoestratégica ambigua, pero también singularmente influyente (Zürcher, 2004). A lo largo del siglo XX y comienzos del XXI, la acción exterior turca ha transitado por diversas fases, desde su alineación con Occidente durante la Guerra Fría hasta la búsqueda de una mayor autonomía estratégica en las últimas décadas. Esta transformación ha estado acompañada de una reformulación del discurso diplomático, especialmente a partir de los años 2000 con la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) y la influencia de Ahmet Davutoğlu[1]. Su doctrina de la "profundidad estratégica" revalorizó el entorno regional de Turquía como base para una diplomacia proactiva, multidimensional y con aspiraciones de liderazgo regional (Davutoğlu, 2001).

El presente Trabajo Fin de Máster se propone analizar la evolución de la política exterior turca desde la proclamación de la República en 1923 hasta el año 2025, centrándose en su proyección hacia cuatro espacios geopolíticos clave: los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central[2]. Esta elección no es arbitraria, sino que responde a una lógica compartida entre estas regiones, vinculadas por profundos lazos históricos, culturales y religiosos con Turquía, que permiten a Ankara articular una influencia regional basada tanto en elementos de poder blando como en intereses estratégicos en materia de seguridad y

[1] Ahmet Davutoğlu fue ministro de Asuntos Exteriores de Turquía entre 2009 y 2014 y primer ministro entre 2014 y 2016. Es conocido por haber formulado la doctrina de la "profundidad estratégica", que influyó decisivamente en la política exterior turca contemporánea.

[2] En este trabajo, se considera como Asia Central al conjunto de repúblicas exsoviéticas formado por Kazajistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán. Esta delimitación responde a criterios tanto geográficos como histórico-culturales.

energía (Çaman & Akyurt, 2009). En los Balcanes, Turquía ha desplegado una diplomacia blanda ("soft power") basada en lazos culturales y religiosos (Toprak, 2012). Esta región, históricamente vinculada al Imperio otomano, representa un escenario donde Ankara ha buscado recuperar influencia a través de la cooperación económica, la inversión en infraestructura, la educación y los intercambios culturales, consolidando una imagen de poder benigno. En Oriente Medio, su implicación ha pasado de una prudente neutralidad a una creciente intervención, como evidencian sus acciones en Siria, Irak o Palestina, reflejando así un giro doctrinal que combina elementos de pragmatismo estratégico con motivaciones ideológicas (Robins, 1991; Çağaptay, 2017). En el Cáucaso, destaca la alianza con Azerbaiyán y la rivalidad estratégica con Rusia en torno al conflicto de Nagorno-Karabaj, donde Turquía ha reforzado su rol como actor regional independiente, al margen de las lógicas de la OTAN (Lesser, 2000). En Asia Central, el pan-turquismo pragmático ha guiado su interés por las repúblicas postsoviéticas, tanto por razones energéticas como identitarias, en un intento de posicionarse como referente de modernización y cooperación en la región (Cornell, 2008).

## 1. Objetivos

El objetivo principal de este trabajo es analizar de manera crítica y estructurada la evolución de la política exterior de Turquía desde 1923 hasta 2025**,** con un enfoque especial en cómo ha influido en las regiones de los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central**.** Se prestará especial atención a los factores históricos, culturales, políticos y geoestratégicos que han condicionado la proyección de Turquía en estas áreas a lo largo del tiempo, destacando las continuidades y transformaciones en su enfoque diplomático y estratégico.

A través de este análisis, se busca comprender de qué manera Turquía ha logrado (o intentado) ejercer su influencia en estas regiones, aprovechando sus vínculos históricos, culturales y religiosos, y cómo ha adaptado sus estrategias en función de los cambios internacionales y regionales. Este trabajo aspira a contribuir al conocimiento académico sobre el papel de Turquía como potencia intermedia en el sistema internacional y ofrecer una visión integral de su proyección regional a lo largo del siglo XXI. Una potencia intermedia es, según Calduch (1993), un Estado que, sin alcanzar el nivel de las grandes

potencias, posee capacidad suficiente para proyectar influencia más allá de su entorno inmediato, desempeñando un papel activo en la configuración del orden regional o incluso internacional. Este tipo de potencias se caracteriza por tener una autonomía relativa, instrumentos de poder diversificados, y una estrategia exterior coherente, aunque limitada en escala y alcance en comparación con los actores hegemónicos.

Para alcanzar el objetivo general propuesto, el presente trabajo se estructura en torno a una serie de objetivos específicos que permiten descomponer y abordar analíticamente las distintas dimensiones de la política exterior turca en el periodo comprendido entre 1923 y 2025.

En primer lugar, se pretende identificar y describir los principales rasgos doctrinales, estratégicos y discursivos que han definido la política exterior de Turquía desde la fundación de la República, prestando especial atención a los principios ideológicos, geopolíticos y diplomáticos que han guiado su acción internacional a lo largo del tiempo.

En segundo término, se busca analizar de manera detallada la evolución de la proyección regional de Turquía en los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central, con el fin de comprender cómo el país ha articulado su influencia en estos espacios mediante diferentes instrumentos de política exterior, adaptándose a los contextos específicos de cada región.

Un tercer objetivo consiste en examinar el papel desempeñado por los factores internos y externos en la configuración de la política exterior turca. En el plano interno, se abordarán elementos como el sistema político, las ideologías dominantes, la centralización del poder o la evolución institucional; en el plano externo, se valorarán las dinámicas del sistema internacional, las relaciones bilaterales con potencias clave y la participación de Turquía en organizaciones multilaterales.

Asimismo, se pretende explorar las principales continuidades y transformaciones que han marcado la política exterior turca a lo largo de las últimas décadas, prestando atención a los momentos de inflexión histórica –como el fin de la Guerra Fría, el ascenso del AKP o los conflictos regionales recientes– que han condicionado su posicionamiento estratégico.

Finalmente, este trabajo aspira a ofrecer una interpretación de conjunto sobre el papel de Turquía como potencia intermedia en el sistema internacional contemporáneo, subrayando la complejidad de su identidad geopolítica y la forma en que ha intentado ejercer liderazgo e influencia en un entorno global cada vez más inestable y multipolar.

## 2. Preguntas de investigación e hipótesis

Esta investigación se articula en torno a una pregunta principal y tres preguntas secundarias que permiten abordar de manera crítica y estructurada la evolución de la política exterior de Turquía desde la fundación de la República en 1923 hasta el año 2025. Estas preguntas no sólo buscan describir los cambios que ha experimentado la proyección internacional del país, sino también identificar los factores que los han impulsado, las continuidades estructurales que han perdurado a lo largo del tiempo, así como su impacto en distintas regiones clave.

Pregunta principal:

1. ¿Cuáles han sido los principales elementos de continuidad y cambio en la política exterior de Turquía durante el periodo comprendido entre 1923 y 2025?

Preguntas secundarias:

2. ¿En qué medida los liderazgos de Mustafa Kemal Atatürk y Recep Tayyip Erdoğan han condicionado la orientación internacional del país?
3. ¿Qué factores internos (políticos, ideológicos, institucionales) y externos (geoestratégicos, regionales, globales) han influido en las transformaciones doctrinales de la política exterior turca?
4. ¿Cómo ha evolucionado la proyección de la política exterior de Turquía en los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central desde 1923 hasta 2025, y qué factores específicos han condicionado su influencia en cada una de estas regiones?

A partir de las preguntas formuladas, se desprenden las siguientes hipótesis de trabajo, que orientan el análisis y delimitan las posibles respuestas interpretativas en torno al objeto de estudio:

1. La política exterior de Turquía ha experimentado transformaciones significativas en términos discursivos, doctrinales y estratégicos, pero mantiene ciertos pilares estructurales que han perdurado a lo largo del tiempo, tales como la defensa de la soberanía nacional, la autonomía estratégica y la seguridad territorial.
2. El periodo liderado por Mustafa Kemal Atatürk estuvo marcado por una estrategia de occidentalización, neutralidad activa y consolidación del Estado-nación, mientras que el de Recep Tayyip Erdoğan se caracteriza por una relectura del pasado otomano, un enfoque neo-otomanista y una política exterior más proactiva y regionalmente expansiva.
3. Las principales inflexiones en la política exterior turca han estado determinadas por una combinación de factores internos –como el sistema político, la ideología dominante y el liderazgo presidencial– y factores externos –como el orden internacional, las dinámicas regionales y las relaciones con grandes potencias–.
4. Los lazos históricos y culturales heredados del Imperio Otomano han sido factores fundamentales en la proyección de Turquía en los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central. Estos vínculos, que incluyen relaciones religiosas, lingüísticas y socioculturales, han permitido a Turquía mantener una influencia constante en estas regiones a lo largo del tiempo, aunque la forma y la intensidad de esta influencia han variado según las circunstancias políticas y las dinámicas regionales.

## 3. Marco metodológico

Asimismo, con este trabajo se pretende cubrir más de un siglo de transformaciones estratégicas, doctrinales y diplomáticas en Turquía. Para ello, se ha optado por una metodología cualitativa basada en el análisis documental y comparativo, centrada exclusivamente en fuentes secundarias de carácter académico y oficial. De acuerdo con Calduch (2014, p. 21), "la información constituye la materia prima del proceso de

investigación", especialmente en el campo de las relaciones internacionales, donde el acceso directo a los hechos suele estar mediado por fuentes documentales. Por ello, la base empírica de este estudio está compuesta por literatura científica especializada, documentos institucionales, discursos oficiales, memorias diplomáticas y análisis de *think tanks*, tanto nacionales como internacionales.

Dado el objetivo de estudiar una trayectoria histórica tan amplia, se ha adoptado el método comparativo como herramienta principal de análisis. Este permite identificar patrones de continuidad y cambio en la política exterior turca a lo largo de diferentes etapas históricas y frente a contextos regionales diversos. Tal como plantea Calduch (2014), el método comparativo es especialmente adecuado para establecer relaciones causales entre situaciones análogas y para integrar tanto variables estructurales como coyunturales en un análisis político complejo. La estructura del trabajo responde a una lógica regional que permite descomponer la proyección internacional de Turquía en cuatro ejes fundamentales: los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central. En cada capítulo se examina la evolución de la estrategia turca en una de estas regiones desde 1923 hasta 2025. Así, en el caso de los Balcanes, se analiza el papel de Turquía como actor estabilizador y su uso creciente del *soft power* a través de la diplomacia cultural y económica. En Oriente Medio, se estudia el tránsito desde una política de neutralidad estratégica hasta una postura más intervencionista, especialmente a partir del ascenso del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP). El análisis del Cáucaso se centra en las relaciones con Azerbaiyán, Armenia y Georgia, con especial atención al conflicto de Nagorno-Karabaj y al papel de Turquía como contraparte regional de Rusia. Finalmente, el capítulo dedicado a Asia Central examina la política turca hacia las repúblicas túrquicas postsoviéticas, destacando las dimensiones energéticas, identitarias y de seguridad que han marcado su aproximación al espacio euroasiático.

Este enfoque permite observar tanto la coherencia de ciertos ejes estratégicos a lo largo del tiempo como las rupturas doctrinales provocadas por acontecimientos clave –como el final de la Guerra Fría, el ascenso del AKP, la Primavera Árabe o el nuevo orden multipolar–. Como afirma Calduch (2014, p. 75), "el método comparativo es particularmente útil para

analizar la evolución de las decisiones diplomáticas y estratégicas en escenarios cambiantes". Además, se ha prestado atención a las representaciones discursivas y los imaginarios políticos asociados a la acción exterior turca, en línea con lo que Calduch (2014) señala como esencial en los estudios cualitativos: la necesidad de interpretar no solo los datos, sino también los significados ideológicos que los acompañan. Esta lectura crítica se aplicará especialmente en los momentos de inflexión histórica, como el paso del kemalismo al neo-otomanismo o el reposicionamiento de Turquía tras la guerra en Siria y el conflicto en Ucrania. La selección de fuentes ha seguido los criterios metodológicos expuestos por Calduch (2014): adecuación temática, fiabilidad, diversidad ideológica y suficiencia analítica. Además, se ha procurado incorporar perspectivas tanto turcas como extranjeras, con el objetivo de contrastar la narrativa oficial con la percepción internacional de la política exterior de Ankara.

## 4. Justificación del trabajo

El interés por este tema nace, en parte, de la necesidad académica de comprender el papel de las potencias intermedias en la reconfiguración del orden internacional contemporáneo. Turquía representa un caso paradigmático de un Estado que combina su pertenencia formal a instituciones occidentales con una acción exterior orientada hacia su entorno inmediato, desarrollando una estrategia que fluctúa entre la cooperación y la confrontación. Este carácter ambivalente ha despertado el interés de analistas y académicos que han tratado de ubicar a Turquía en una categoría propia dentro del sistema internacional (Larrabee & Lesser, 2020; Keohane & Nye, 1989). En el contexto de un mundo cada vez más multipolar, caracterizado por la erosión del liderazgo hegemónico estadounidense y el resurgimiento de potencias regionales, el estudio de actores como Turquía permite comprender mejor las dinámicas de poder, influencia y legitimidad en las relaciones internacionales.

Desde una perspectiva personal, este trabajo responde también a mi experiencia como periodista especializada en Turquía. Entender en profundidad los fundamentos históricos, ideológicos y estratégicos de su política exterior no solo resulta esencial para interpretar su actual papel internacional, sino que representa una herramienta profesional de gran utilidad

para contextualizar sus actuaciones en escenarios clave. Turquía no es solo un objeto de estudio político, sino también un actor cuya presencia mediática global ha crecido de forma exponencial en los últimos años, lo que obliga a una comprensión matizada y alejada de los estereotipos. En el ámbito del periodismo internacional, disponer de herramientas analíticas para interpretar los discursos, decisiones y reacciones diplomáticas de Ankara resulta fundamental para ofrecer una cobertura informativa rigurosa, crítica y contextualizada.

## 5. Dificultades

Durante el proceso de investigación, se han enfrentado diversas dificultades metodológicas y logísticas. Entre ellas, destaca la extensión temporal del objeto de estudio (1923–2025), que ha obligado a establecer filtros analíticos para evitar una narración excesivamente acumulativa. Ha sido necesario seleccionar los hitos diplomáticos más relevantes, contextualizarlos adecuadamente y establecer ejes comparativos que permitieran una lectura coherente del proceso. Asimismo, el acceso a fuentes primarias en turco se ha visto limitado por cuestiones idiomáticas, lo que ha hecho necesario recurrir a traducciones y a estudios producidos por investigadores locales e internacionales. Finalmente, el carácter polémico de ciertos episodios de la acción exterior turca, especialmente aquellos relacionados con conflictos bélicos, intervenciones militares o tensiones diplomáticas, ha exigido un ejercicio constante de contraste de fuentes para evitar sesgos y asegurar una mirada crítica y equilibrada.

## 6. Estructura

La estructura del presente Trabajo Fin de Máster responde a una lógica tanto cronológica como regional, basada en un enfoque comparativo y multidimensional de la política exterior turca. El análisis se organiza en torno a cinco capítulos principales, cada uno de los cuales cumple una función específica en la construcción del argumento general del trabajo.

Se dedica un primer capítulo a establecer el marco teórico y conceptual que guía la investigación. En él se abordan las principales corrientes de análisis de política exterior, el papel de las potencias intermedias y la forma en que Turquía encaja dentro de esta categoría. Además, se repasan los hitos fundamentales de la evolución de la política exterior

turca desde 1923, con especial atención a sus transformaciones ideológicas y estratégicas. Este capítulo proporciona las herramientas analíticas necesarias para interpretar la proyección internacional de Turquía en distintas regiones.

Los capítulos 2 a 5 constituyen el núcleo empírico del trabajo y se dedican, respectivamente, a los cuatro principales espacios geopolíticos en los que Turquía ha desplegado su influencia: los Balcanes, Oriente Medio, el Cáucaso y Asia Central. Cada capítulo examina de manera específica la evolución histórica, las motivaciones estratégicas, los actores implicados y los instrumentos empleados por Turquía en su acción exterior hacia esa región. El análisis se centra tanto en los elementos de continuidad como en las rupturas que han caracterizado la política turca en cada espacio, prestando especial atención a factores como la memoria imperial, la afinidad religiosa o la competencia geopolítica.

En el capítulo 2, se analiza el papel de Turquía en los Balcanes, desde su tímida implicación en el periodo kemalista hasta su creciente activismo tras la Guerra Fría, especialmente en Bosnia, Kosovo y Albania. Se estudia el uso del poder blando (diplomacia cultural, religiosa y económica), así como su participación como actor estabilizador en misiones internacionales.

El capítulo 3 se centra en Oriente Medio, región en la que Turquía ha pasado de una postura de neutralidad a una política cada vez más intervencionista. Se abordan su implicación en conflictos como Siria o Palestina, las tensiones con actores regionales y su intento de liderar un orden islámico alternativo en el contexto post-Primavera Árabe.

En el capítulo 4, dedicado al Cáucaso, se examinan las alianzas estratégicas, especialmente con Azerbaiyán, y el papel de Turquía en conflictos regionales como el de Nagorno-Karabaj. Se presta atención a su competencia con Rusia y a la forma en que Ankara ha intentado posicionarse como contrapeso regional en este espacio tradicionalmente disputado.

El capítulo 5 aborda la proyección de Turquía en Asia Central, una región marcada por la herencia túrquica y las oportunidades energéticas. El análisis se enfoca en el pan-turquismo

pragmático, la cooperación multilateral con repúblicas postsoviéticas y la competencia con otras potencias como Rusia o China.

Finalmente, se presenta un apartado que está dedicado a las conclusiones generales, en las que se sintetizan los principales hallazgos del trabajo, se contrasta la evidencia empírica con las hipótesis planteadas inicialmente y se proponen líneas futuras de investigación. Este cierre permite ofrecer una interpretación integradora sobre el papel de Turquía como potencia intermedia en el escenario internacional contemporáneo, subrayando la complejidad de su identidad geopolítica y sus múltiples frentes de actuación.

# CAPÍTULO I: FUNDAMENTOS TEÓRICOS Y CONTEXTO INTERNACIONAL DE TURQUÍA

## 1. Conceptos fundamentales de la política exterior

La política exterior puede definirse como la dimensión de la política general de un Estado orientada a regular sus relaciones con el entorno internacional. Según Calduch (1993, pp. 3, 6), es "el conjunto de decisiones y actuaciones mediante las cuales se definen los objetivos y se utilizan los medios de un Estado para generar, modificar o suspender sus relaciones con otros actores de la sociedad internacional". Esta definición implica un enfoque que abarca "la elaboración, la ejecución y el control" de dichas relaciones, y va más allá de la simple acción diplomática o militar.

Según Medina (1973, p. 21), la política exterior es "la forma en que un Estado conduce sus relaciones con otros Estados", siendo así una manifestación específica de la política general que adopta características propias por su ámbito de actuación. En palabras de Duroselle (1959, p. 218), "la política exterior, siendo una actividad continua por parte de un gobierno para modificar situaciones que están fuera de su competencia directa, se manifiesta necesariamente por una serie de decisiones". Estas decisiones, sin embargo, no pueden entenderse como acciones aisladas, sino como una parte integrada dentro de un proceso político más amplio que incluye actores gubernamentales y no gubernamentales.

Es importante distinguir entre política exterior y acción exterior. Mientras que la acción exterior se refiere únicamente a los comportamientos estatales dirigidos hacia el exterior, la política exterior incluye también la toma de decisiones previa, así como el control y evaluación de los resultados de dicha acción (Calduch, 1993). Esta perspectiva permite una mejor comprensión del carácter multidimensional de la política exterior, que no debe ser reducida ni al ejecutivo estatal ni a sus instrumentos clásicos –diplomacia, guerra–, como se ha hecho erróneamente en algunos enfoques tradicionales.

Así lo denuncia también Reynolds (1971, p. 46), quien propone una visión más holística al definir la política exterior como "el conjunto de acciones de un Estado en sus relaciones

con otras entidades que también actúan en la escena internacional con objeto, en principio, de promover el interés nacional". Esta referencia al "interés nacional" ha sido uno de los grandes ejes del debate doctrinal en torno a la política exterior, entendida como la proyección internacional de los objetivos internos del Estado.

Finalmente, como apunta Tomassini (1991, p. 125), "la política exterior representa la forma en que un país se conduce frente a su contexto externo". Esto implica asumir que dicha política se construye a partir de una visión nacional del entorno internacional, mediada por valores, estructuras institucionales, capacidades materiales y condiciones del sistema internacional.

A partir de las definiciones anteriores, se pueden identificar cinco elementos fundamentales que estructuran conceptualmente la política exterior. Desde una perspectiva estructural, la política exterior presenta cinco elementos fundamentales: el carácter estatal del actor, la vinculación con la política interior, la articulación mediante decisiones y acciones, la determinación de fines y medios, y la capacidad de proyectar influencia internacional.

En primer lugar, la política exterior solo puede ser atribuida con propiedad a los Estados, ya que son los únicos actores internacionales que disponen tanto de personalidad jurídica reconocida como de autonomía decisoria (Calduch, 1993). Aunque puede hablarse metafóricamente de política exterior en organizaciones internacionales, corporaciones o movimientos sociales, solo los Estados poseen la combinación de soberanía y legitimidad necesaria para llevarla a cabo plenamente.

En segundo lugar, la política exterior está estrechamente vinculada a la política interior. Ambas forman parte de una misma realidad institucional y social, diferenciándose solo en los destinatarios de sus acciones: mientras la política interior se dirige a los ciudadanos del propio Estado, la política exterior lo hace hacia otros Estados y actores internacionales (Medina, 1973; Calduch, 1993).

Un tercer elemento es la necesaria combinación de decisiones y acciones. Una auténtica política exterior requiere que haya coherencia entre los objetivos formulados por los

órganos decisores y las acciones que se ejecutan. Cuando esta coherencia se quiebra, el Estado puede caer en una actuación exterior errática o reactiva, carente de estrategia (Tomassini, 1991).

En cuarto lugar, la determinación de fines y medios constituye el núcleo operativo de toda política exterior. Si el Estado carece de objetivos claros o de los instrumentos necesarios para alcanzarlos, su presencia internacional será débil, circunstancial y poco eficaz. Como señala Tomassini (1991), toda política implica intenciones, pero no puede reducirse a ellas: debe incluir también el comportamiento inspirado por dichas intenciones, es decir, las acciones concretas emprendidas.

Finalmente, el poder de proyección internacional de la política exterior dependerá de múltiples factores: desde la posición geopolítica hasta la estabilidad interna, pasando por la capacidad económica, tecnológica y militar del Estado. Como consecuencia, los Estados deben adaptar su política exterior tanto a sus capacidades reales como a las oportunidades y amenazas del sistema internacional (Calduch, 1993).

Por otro lado, la política exterior, como toda política pública, puede analizarse a través de un ciclo compuesto por tres etapas fundamentales: la elaboración o formulación, la ejecución y el control o evaluación (Calduch, 1993). Aunque en la práctica estas fases tienden a solaparse, especialmente por la velocidad de los acontecimientos internacionales, su diferenciación analítica es imprescindible para entender las dinámicas internas y externas que configuran el comportamiento de los Estados en la arena internacional (Calduch, 1993).

La elaboración de la política exterior es la fase en la que se definen los objetivos, se identifican los medios disponibles y se trazan las estrategias para actuar en el entorno internacional. Esta etapa implica una serie de interacciones entre los órganos político-administrativos y sociales del Estado, que configuran el denominado proceso decisorio (Calduch, 1993).

Según Kerkhove (1972, p. 492), decidir implica "una elección entre varias opciones respecto de las que planea siempre una incertidumbre". Esta incertidumbre es consustancial a las decisiones de política exterior, ya que se toman en contextos dinámicos, con información incompleta y consecuencias imprevisibles. Como advertía Duroselle (citado en Renouvin & Duroselle, 1985, p. 466), "en política exterior se entra en el terreno de las consecuencias incalculables".

Para analizar cómo se articula la política exterior de un Estado, resulta fundamental comprender el proceso interno de toma de decisiones que la sustenta. En este sentido, Calduch (1993) distingue cuatro fases esenciales:

1. Definición de la situación: Requiere la recopilación y análisis de información relevante, obtenida tanto de servicios diplomáticos como de inteligencia y medios de comunicación.
2. Determinación de fines y medios: Se establece lo que se pretende alcanzar y con qué recursos disponibles.
3. Identificación de alternativas: Se exploran distintas vías de actuación, influenciadas por factores ideológicos, estratégicos y psicológicos.
4. Selección: El órgano competente elige la opción más adecuada.

Este proceso está expuesto a múltiples interferencias burocráticas y políticas. Como señalan Halperin y Kanter (1985), la política exterior es muchas veces el producto de un equilibrio negociado entre intereses divergentes dentro del aparato estatal. Así, el conflicto entre ministerios, los filtros informativos y la competencia interinstitucional condicionan el resultado final.

Kissinger (1976) también subraya esta dimensión interna, destacando que la complejidad de las decisiones puede llevar a que el proceso administrativo eclipse el objetivo político. De hecho, el decisor puede convertirse en "prisionero de sus consejeros", atrapado en rutinas burocráticas o esquemas mentales predefinidos.

Por otra parte, las decisiones pueden clasificarse de diversas formas: por su contenido –finalistas o instrumentales–, por su temporalidad –inmediatas, a medio o largo plazo–, por su grado de apertura –cerradas si solo interviene el Estado, abiertas si participan actores sociales–, y por su nivel de necesidad –originarias o derivadas– (Calduch, 1993; Sidjanski, 1965).

Finalmente, como destaca Reynolds (1971), es crucial diferenciar entre las motivaciones psicológicas –expectativas, percepciones– de los decisores y la realidad objetiva. Este enfoque da lugar al modelo de la imagen-situación, desarrollado por autores como Brecher, Stein o Korany, donde se analiza cómo la percepción subjetiva del entorno condiciona la elección de políticas exteriores.

La ejecución de la política exterior se refiere al conjunto de acciones concretas emprendidas por los órganos del Estado para implementar las decisiones adoptadas. Esta tarea corresponde, de manera predominante, al Poder Ejecutivo, a través de los ministerios de Asuntos Exteriores, Defensa, Comercio, etc., y sus respectivas agencias y delegaciones (Calduch, 1993).

Como señala Aron (1962), las relaciones interestatales se expresan a través de conductas específicas de actores simbólicos: el diplomático y el soldado. Tradicionalmente, la ejecución de la política exterior se concebía como un binomio entre diplomacia y guerra. Sin embargo, hoy este espectro se ha ampliado enormemente para incluir acciones económicas, tecnológicas, culturales, informativas y humanitarias (Calduch, 1993).

En palabras de Merle (1985), la complejidad de la política exterior ha obligado a desmantelar la exclusividad del Ministerio de Exteriores, integrando nuevos actores como agregados científicos, comerciales o culturales. Así, la ejecución de la política exterior se ha diversificado y tecnificado, dando lugar a una red de burocracias interministeriales presentes en las embajadas y organismos multilaterales.

Además, como señala Tenekides (1972), la ideología y el régimen político condicionan de forma directa el modo en que se ejecuta la política exterior. Kissinger (1976) distingue tres

modelos de comportamiento estatal: el modelo burocrático-pragmático –ej. EE.UU.–, el modelo ideológico –ej. la extinta URSS– y el modelo revolucionario-carismático –ej. Estados postcoloniales–.

Es también fundamental subrayar que la ejecución no es un proceso unilateral. Las acciones exteriores de un Estado se inscriben en relaciones internacionales complejas, y su impacto depende en gran medida de la reacción de los demás actores (Calduch, 1993). Así, una política exterior no se puede evaluar adecuadamente sin situarla en su contexto relacional y dinámico.

La tercera etapa del ciclo es la de control, que consiste en evaluar los resultados obtenidos por una política exterior y valorar su adecuación a los fines perseguidos. Este control puede adoptar dos formas principales: político y jurídico (Calduch, 1993).

- El control político analiza la eficacia de la política: si los medios empleados fueron oportunos y si los objetivos logrados justifican la acción. En este contexto, las actuaciones se valoran como éxitos o fracasos.
- El control jurídico, por su parte, examina la legalidad de las actuaciones, según el derecho interno e internacional. Aquí, las acciones se consideran lícitas o ilícitas.

Ambos tipos de control pueden generar tensiones, ya que lo políticamente eficaz no siempre es jurídicamente aceptable, y viceversa (Tenekides, 1972; Reynolds, 1971).

A nivel nacional, el control puede ser ejercido por el parlamento, los tribunales, las instituciones administrativas y la opinión pública (Calduch, 1993). En los sistemas democráticos, el parlamento juega un papel esencial, no solo autorizando ciertas decisiones –como la declaración de guerra–, sino también fiscalizando la acción del Ejecutivo mediante comisiones, comparecencias y auditorías.

Por su parte, el control internacional se ejerce mediante organismos multilaterales –ONU, CPI, Tribunal Internacional de Justicia– o presiones interestatales. Aunque su capacidad de coacción es limitada, su influencia sobre la reputación y legitimidad internacional del Estado puede ser determinante.

Finalmente, cabe distinguir entre el control previo –durante la toma de decisiones, como el requisito parlamentario para firmar tratados– y el control posterior –una vez ejecutada la política–, siendo este último el que permite una evaluación más completa de la coherencia, eficacia y legalidad de la actuación estatal (Calduch, 1993).

La clásica separación entre política interior y política exterior, propia de la teoría realista tradicional, ha sido ampliamente superada por la doctrina contemporánea. En efecto, la mayoría de las corrientes actuales sostienen que ambas esferas están íntimamente relacionadas, tanto en su origen como en sus dinámicas, hasta el punto de que no se puede comprender una sin referencia a la otra (Calduch, 1993; Merle, 1985).

Como señala Merle (1985, p. 163), "las fronteras se esfuman cada vez más entre el ámbito de la política interior y el de la política exterior". Esta transformación se debe, entre otros factores, a la globalización, al aumento de los flujos transnacionales –económicos, tecnológicos, migratorios– y a la creciente influencia de actores no estatales que actúan tanto a nivel doméstico como internacional.

El punto de convergencia entre ambas dimensiones políticas se halla en el Estado, que actúa simultáneamente como actor interno y externo. Según Calduch (1993), "la política exterior tiene por función lograr la adaptación del sistema estatal a su entorno", lo cual implica tanto proyectar hacia fuera las demandas internas como incorporar al ámbito nacional los condicionamientos del contexto internacional.

En este marco, se han identificado tres grandes enfoques doctrinales para explicar la relación entre ambas esferas (Merle, 1985):

- El enfoque de la primacía de la política interior, que considera que la política exterior es una prolongación de las estructuras internas del Estado (regímenes políticos, sistema económico, ideología dominante).
- La posición contraria, de la primacía de la política exterior, que sostiene que los condicionantes internacionales imponen límites decisivos a la acción del Estado y, en muchos casos, determinan su agenda interna.

- Finalmente, la teoría de las interacciones mutuas o *linkages*, que concibe la relación como dinámica, variable y bidireccional.

Esta última perspectiva es la más extendida en la actualidad, dado que permite captar la complejidad de los procesos contemporáneos. Según Putnam (1988), los líderes estatales actúan simultáneamente en dos tableros: el internacional y el doméstico, debiendo alcanzar acuerdos que sean aceptables para ambos niveles –teoría del "two-level game"–.

Por otra parte, el grado de democratización del sistema político influye en la forma en que se articulan estas relaciones. En regímenes pluralistas, el diseño y ejecución de la política exterior está condicionado por factores como la opinión pública, los partidos políticos, los parlamentos y los medios de comunicación. Así, cuanto más democrático sea un sistema, mayor será el número de actores implicados en la política exterior y más abierto será su proceso decisorio (Duverger, 1972; Calduch, 1993).

En este sentido, Merle (1985) observa que los partidos políticos tienden a priorizar la política interior y a tratar la exterior como una cuestión secundaria. Esto se explica por la mayor visibilidad e impacto inmediato de los asuntos internos en la ciudadanía, así como por la complejidad técnica de la política internacional.

El análisis académico de la política exterior ha dado lugar a una pluralidad de enfoques teóricos, cada uno de los cuales aporta una visión particular sobre los factores determinantes del comportamiento internacional de los Estados. Estos enfoques se pueden agrupar según el nivel de análisis que privilegian: sistémico, estatal o individual (Waltz, 1979).

El realismo es el enfoque dominante en la teoría clásica de las relaciones internacionales. Parte del supuesto de que el sistema internacional es anárquico, es decir, carece de una autoridad superior a los Estados. En consecuencia, los Estados actúan guiados por el interés nacional, definido en términos de supervivencia y poder (Morgenthau, 1948; Waltz, 1979).

Según esta perspectiva, la política exterior es una respuesta racional al entorno internacional y a la necesidad de garantizar la seguridad del Estado. El realismo clásico (Morgenthau) se basa en una visión pesimista de la naturaleza humana, mientras que el realismo estructural o neorrealismo (Waltz) centra su análisis en la estructura del sistema internacional como principal condicionante de la política exterior.

El liberalismo ofrece una visión alternativa, más optimista, sobre la posibilidad de cooperación entre Estados. Reconoce la existencia de múltiples actores –no solo Estados–, la influencia de las preferencias sociales internas y el papel de las instituciones internacionales como medios para reducir la incertidumbre y fomentar la paz (Keohane & Nye, 1977).

Desde este enfoque, la política exterior no se explica únicamente por la estructura del sistema internacional, sino también por factores domésticos, como la naturaleza del régimen político, la presión de los grupos de interés o el papel de la opinión pública. Moravcsik (1997) introduce el concepto de liberalismo intergubernamental, según el cual los gobiernos representan las preferencias agregadas de sus sociedades nacionales en el plano internacional.

El constructivismo centra su atención en el papel de las ideas, normas, valores e identidades en la configuración de la política exterior. Según Wendt (1992), "la anarquía es lo que los Estados hacen de ella", lo que implica que el sistema internacional no determina la conducta estatal de forma mecánica, sino que esta está mediada por las percepciones que los actores tienen sobre sí mismos y los demás.

En este enfoque, las decisiones de política exterior no se toman únicamente en función de intereses materiales, sino también de factores ideacionales: la historia, la cultura política, la memoria colectiva, los discursos públicos, etc. Así, la política exterior es entendida como un proceso socialmente construido.

El modelo burocrático, desarrollado por Graham Allison (1971), sostiene que la política exterior no es el resultado de una decisión unificada del Estado, sino de la negociación

entre diversos actores institucionales, con agendas y competencias distintas. Así, el resultado de una política exterior puede ser más bien un "compromiso" entre ministerios, agencias o líderes, y no necesariamente una estrategia coherente.

Por su parte, los modelos psicológicos se centran en el nivel individual de análisis. Estudian cómo los líderes políticos perciben su entorno, procesan la información y toman decisiones. Factores como la personalidad, las emociones, los esquemas cognitivos o los sesgos de percepción son claves para entender por qué dos líderes, ante una misma situación, pueden adoptar decisiones completamente diferentes (Holsti, 1976; Jervis, 1976).

Estos modelos han ganado relevancia en estudios sobre liderazgo, crisis internacionales y política exterior comparada, y permiten incorporar variables como el carisma, la experiencia previa o la ideología personal del decisor.

En consecuencia, y con el objetivo de aplicar un marco analítico coherente al estudio del caso turco**,** este trabajo adopta un enfoque ecléctico y multinivel para el análisis de la política exterior, combinando herramientas teóricas de tres corrientes principales: el realismo, el constructivismo y el modelo burocrático. El enfoque realista, centrado en la lógica del poder, la seguridad y el interés nacional en un sistema internacional anárquico (Morgenthau, 1948; Waltz, 1979), resulta útil para interpretar las decisiones estratégicas de Turquía, especialmente en contextos de conflicto o competencia regional. El constructivismo, por su parte, permite incorporar las dimensiones ideacionales e identitarias de la acción exterior, al considerar que las percepciones, normas y discursos configuran los intereses del Estado (Wendt, 1992; Onuf, 1989). Finalmente, el modelo burocrático o de política organizacional, desarrollado por Allison (1971), ayuda a explicar los procesos de decisión internos en entornos institucionales complejos y con dinámicas de competencia entre actores gubernamentales. Esta combinación teórica permite captar las tensiones entre estructura y agencia, así como las múltiples variables –materiales, ideológicas e institucionales– que han condicionado la evolución de la política exterior turca entre 1923 y 2025.

## 2. Evolución y características de la política exterior de Turquía

La política exterior de la República de Turquía, desde su fundación en 1923, ha estado condicionada por una doble herencia: el legado geopolítico del Imperio otomano y la necesidad de construir un Estado-nación moderno en un entorno internacional inestable. La doctrina fundacional del nuevo Estado, basada en el ideario de Mustafa Kemal Atatürk, estableció una orientación clara hacia la neutralidad, el multilateralismo prudente y el realismo estratégico (Ahmad, 1993; Aydın, 2004).

Según Aydın (2004), la política exterior kemalista se articuló en torno a tres ejes: la preservación de la soberanía, la consolidación del Estado-nación y el alejamiento de los conflictos ideológicos del exterior. Esta orientación se sintetizó en la famosa máxima de Atatürk: "Paz en casa, paz en el mundo" (*Yurtta sulh, cihanda sulh*), que expresaba la voluntad de mantener una política exterior prudente, defensiva y centrada en la estabilidad interna (Armaoğlu, 1988; Hale, 2000).

Durante este primer periodo, Turquía adoptó una política exterior caracterizada por una neutralidad activa y una apuesta por el derecho internacional como vía para asegurar la integridad territorial. Como apunta Oran (2010), la diplomacia kemalista evitó involucrarse en bloques ideológicos y buscó resolver los contenciosos fronterizos mediante la vía negociadora, como demuestra el Tratado de Lausana (1923), la Convención de Montreux (1936) o el Pacto de Saadabad (1937).

El abandono del expansionismo imperial otomano supuso, en palabras de Hale (2000), una reorientación hacia un nacionalismo cívico y secular. La occidentalización no fue únicamente un objetivo de política interna, sino también un vector fundamental de la proyección diplomática turca, cristalizado en el acercamiento a las potencias europeas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Turquía mantuvo una postura de estricta neutralidad, motivada por el deseo de preservar su soberanía frente a las potencias beligerantes. Solo en 1945, ante el inminente fin del conflicto y bajo presión aliada, Turquía declaró simbólicamente la guerra a Alemania y Japón, lo que permitió su admisión en las Naciones Unidas como miembro fundador (Hale, 2000).

El fin del conflicto mundial y el inicio de la Guerra Fría supusieron una reconfiguración profunda de la política exterior turca. Las presiones soviéticas sobre los estrechos del Bósforo y el mar Negro, así como la amenaza a la integridad territorial del país, empujaron a Turquía hacia una alineación decidida con Occidente (Altunışık & Tür, 2005).

A partir de 1947, Turquía pasó a ser receptor clave de ayuda estadounidense mediante la Doctrina Truman y el Plan Marshall, lo que consolidó su papel como aliado estratégico en la periferia sur de la OTAN. Esta orientación culminó con su ingreso en la Alianza Atlántica en 1952, lo que significó la plena incorporación del país al sistema de seguridad occidental (Aydın, 2004; Aras, 2009).

### 2.1. Golpes de Estado y gobiernos militares: su impacto en la política exterior durante la Guerra Fría

Durante la Guerra Fría, la política exterior de Turquía estuvo fuertemente condicionada por su inestabilidad institucional interna y, en particular, por el papel de las Fuerzas Armadas como actor político central. A lo largo del siglo XX, el país experimentó varios golpes de Estado: en 1960, 1971 (memorándum militar), 1980 y, más tarde, la intervención indirecta de 1997, conocida como "golpe postmoderno". Cada uno de estos episodios tuvo implicaciones directas sobre la política exterior, tanto en términos de continuidad ideológica como de alineamiento estratégico (Hale, 2000; Oran, 2010).

Como señala Oran (2010), las Fuerzas Armadas turcas han sido históricamente guardianas del ideario kemalista, lo que las llevó a intervenir políticamente en momentos de crisis con el objetivo de preservar el orden secular y nacional del país. Esta tutela militar influyó en la orientación exterior de Turquía, que se mantuvo firmemente alineada con Occidente y con los principios estratégicos de la OTAN, especialmente ante el auge del islam político o los movimientos de izquierda radical (Oran, 2010; Zürcher, 2004).

El golpe de 1980, liderado por el general Kenan Evren, marcó un punto de inflexión. El régimen resultante reforzó las relaciones con Estados Unidos y endureció su postura hacia Oriente Medio, priorizando la estabilidad y el control interno sobre cualquier iniciativa diplomática autónoma (Hale, 2000; Robins, 1991). Esta etapa se caracterizó por una

política exterior conservadora, alineada con los intereses de seguridad del bloque occidental y centrada en evitar la radicalización ideológica o el desbordamiento de conflictos regionales hacia el interior del país (Robins, 1991).

En este sentido, los gobiernos militares turcos actuaron como factores de continuidad estratégica, pero también como frenos a una diversificación diplomática más ambiciosa, limitando la capacidad del país para adoptar posturas independientes en el escenario internacional. La intervención recurrente de los militares refleja el peso de la política interior en la definición de la acción exterior, confirmando la tesis de la interdependencia entre ambas dimensiones (Calduch, 1993; Merle, 1985).

Durante este periodo, la política exterior turca se definió por el alineamiento con Estados Unidos y el apoyo a la estrategia de contención del comunismo. Como indica Larrabee (2007), Turquía se convirtió en un "actor subalterno" dentro del bloque occidental, sin desarrollar aún una diplomacia autónoma.

Internamente, esta etapa coincidió con la transición al sistema multipartidista y la victoria electoral del Partido Demócrata en 1950. El primer ministro Adnan Menderes defendió la integración en el mundo occidental, al tiempo que intentaba afianzar una imagen de modernidad democrática (Hale, 2000).

Sin embargo, el alineamiento con Occidente no estuvo exento de tensiones. La intervención militar turca en Chipre en 1974, tras el golpe de Estado griego, deterioró las relaciones con Washington y con algunas capitales europeas, provocando incluso un embargo parcial de armas por parte de Estados Unidos (Oran, 2010).

Pese a estas fricciones, Turquía mantuvo una actitud de moderación hacia los conflictos de Oriente Medio, evitando posicionamientos ideológicos y optando por relaciones bilaterales pragmáticas tanto con países árabes como con Israel. En los Balcanes, el papel turco fue marginal, constreñido por la estructura de bloques de la Guerra Fría (Altunışık & Tür, 2005).

El colapso de la Unión Soviética en 1991 y el fin de la Guerra Fría marcaron una etapa de redefinición estratégica para Turquía. La desaparición del bloque socialista permitió al país reconfigurar su entorno geopolítico, particularmente en el Cáucaso y Asia Central, donde emergieron repúblicas túrquicas independientes –Kazajistán, Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Azerbaiyán–, con las que Ankara trató de establecer vínculos políticos, culturales y económicos (Hale, 2000).

Al mismo tiempo, Turquía experimentó una liberalización interna bajo el liderazgo del presidente Turgut Özal, quien promovió reformas económicas de inspiración neoliberal y una diplomacia más activa. Según Aras (2009), esta etapa se caracterizó por una combinación de apertura económica, proyección hacia el mundo túrquico y aproximación a la Unión Europea.

En el plano político, los años noventa estuvieron marcados por la fragmentación parlamentaria, el crecimiento del islam político –con Necmettin Erbakan y el Partido del Bienestar– y una fuerte presencia de las Fuerzas Armadas, que intervinieron indirectamente en la política en varias ocasiones, como en el "golpe postmoderno" de 1997. Las relaciones con la UE se intensificaron, culminando en 1999 con la concesión del estatus de candidato a la adhesión (Altunışık & Tür, 2005).

Durante este periodo, Turquía también adoptó un papel más activo en los Balcanes, participando en misiones de paz en Bosnia y Kosovo, y promoviendo la cooperación regional con Albania y Macedonia. En Oriente Medio, la relación con Israel alcanzó su punto álgido a finales de los años noventa, con acuerdos de cooperación militar y ejercicios conjuntos, en una política de equilibrio frente a Siria e Irán (Larrabee, 2007).

La victoria electoral del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002 supuso un punto de inflexión en la política exterior turca. Aunque el partido tenía raíces en el islam político, sus líderes –especialmente Recep Tayyip Erdoğan y Abdullah Gül– adoptaron un discurso de reforma democrática, liberalización económica y acercamiento estratégico a Europa y Oriente Medio (Davutoğlu, 2001).

En esta etapa se consolidó una nueva visión estratégica, formulada por Ahmet Davutoğlu, profesor de relaciones internacionales y consejero principal de política exterior antes de convertirse en ministro de Asuntos Exteriores (2009–2014). Su obra *Stratejik Derinlik* (2001) sentó las bases de la llamada doctrina Davutoğlu, que presentaba a Turquía como una "potencia central" con una misión geoestratégica que trasciende su pertenencia a la OTAN o su candidatura a la UE.

Según Davutoğlu (2001), Turquía no debía limitarse a actuar como un país periférico de Occidente, sino que debía recuperar su papel histórico como eje de interconexión entre Europa, Asia y África. Esta visión se articuló en torno a varios principios fundamentales: profundidad histórica y geográfica, cero problemas con los vecinos, equilibrio entre valores e intereses, y una diplomacia proactiva en múltiples regiones (Grigoriadis, 2010).

Esta reorientación ideológica tuvo consecuencias prácticas. Turquía reforzó sus relaciones con Siria, Irán e Irak, participó en mediaciones regionales –como las conversaciones indirectas entre Siria e Israel en 2008– y promovió foros de cooperación con Asia Central y los Balcanes. Asimismo, aumentó su presencia en África y América Latina, como parte de una política de diversificación global (Walker, 2007).

El lema de "cero problemas con los vecinos", ampliamente difundido por Davutoğlu, simbolizaba la aspiración a una política exterior menos reactiva y más autónoma, orientada a prevenir conflictos y maximizar el *soft power* turco mediante instrumentos económicos, culturales y diplomáticos (Grigoriadis, 2010). Sin embargo, este enfoque también recibió críticas por su excesiva idealización del entorno y por no prever el deterioro de algunas relaciones clave tras 2011.

Durante esta década, Turquía mantuvo su compromiso con la OTAN y la UE, pero comenzó a proyectarse como un actor regional por derecho propio. En palabras de Aras (2009, p. 33), "Turquía emergió como un poder mediador, con capacidades únicas para construir puentes entre regiones en conflicto y modelos de civilización aparentemente incompatibles".

A partir de 2011, el contexto internacional cambió radicalmente. La Primavera Árabe trajo consigo inestabilidad, guerras civiles y vacíos de poder en Oriente Medio y el norte de África. Turquía, que hasta entonces había mantenido una política de "cero problemas con los vecinos", se vio forzada a redefinir sus prioridades estratégicas. Según Grigoriadis (2010), la doctrina de la profundidad estratégica, diseñada para una región estable y abierta al *soft power*, se volvió difícilmente aplicable en un entorno crecientemente hostil.

El posicionamiento de Ankara frente a la guerra civil en Siria marcó el fin del acercamiento previo al régimen de Bashar al-Assad. Turquía pasó a apoyar abiertamente a la oposición, convirtiéndose en uno de los actores más involucrados en el conflicto, tanto por razones ideológicas –solidaridad con el islam político suní– como por seguridad fronteriza –refugiados, presencia del PKK y del Estado Islámico–. Como apunta Keyman (2016), este viraje supuso un abandono definitivo de la neutralidad activa y el inicio de una política exterior mucho más asertiva.

En este contexto, se intensificó la retórica y práctica de lo que diversos analistas han calificado como neo-otomanismo: una política de recuperación de la influencia turca en los antiguos dominios del Imperio Otomano, no solo mediante vínculos históricos y culturales, sino también a través de la proyección militar, económica y religiosa (Öniş & Yılmaz, 2009).

Aunque el término "neo-otomanismo" ha sido criticado por su vaguedad, su uso expresa el giro hacia una política exterior más identitaria, basada en el pasado imperial y en una visión más ambiciosa del rol de Turquía como potencia regional. Como destaca Taşpınar (2008), esta política no busca restaurar el Imperio, sino afirmar una forma de liderazgo moral, económico y religioso en el mundo musulmán.

A nivel interno, la política exterior se vio progresivamente centralizada en torno a la figura del presidente Recep Tayyip Erdoğan. Tras su elección presidencial en 2014 y, especialmente, después del referéndum constitucional de 2017, que instauró un sistema presidencialista, el control del aparato diplomático y militar pasó a depender directamente del Palacio Presidencial (Yavuz & Özcan, 2019).

El fallido golpe de Estado de julio de 2016 marcó otro punto de inflexión. El Gobierno atribuyó el intento a la red de Fethullah Gülen, lo que desencadenó purgas masivas en las Fuerzas Armadas y el Ministerio de Asuntos Exteriores. Según Kaya (2020), esta purga alteró profundamente el funcionamiento institucional del Estado, debilitando los mecanismos de contrapeso en política exterior y consolidando una toma de decisiones vertical, personalista y opaca.

Paralelamente, las relaciones con la Unión Europea y Estados Unidos entraron en una fase de deterioro. La gestión autoritaria del poder, la represión de la oposición y el estancamiento de las reformas democráticas alejaron a Turquía del modelo europeo. En el ámbito de seguridad, la compra del sistema de defensa antimisiles ruso S-400 provocó tensiones con la OTAN y sanciones por parte de Washington (Ülgen, 2020).

No obstante, Turquía mantuvo su pertenencia a las estructuras occidentales, incluso reforzando su papel en ciertas misiones de la Alianza. Esta ambivalencia se tradujo en lo que algunos autores denominan una política exterior "multi-vectorial", en la que Ankara busca equilibrar relaciones con Estados Unidos, Rusia, China y actores regionales según sus intereses estratégicos puntuales (Kirişci, 2021).

En este sentido, Turquía apoyó militarmente a Azerbaiyán en la guerra de Nagorno-Karabaj (2020), intervino en Libia en apoyo del Gobierno de Acuerdo Nacional y amplió su influencia en los Balcanes mediante inversiones, ayuda humanitaria y apoyo político a comunidades musulmanas. Asimismo, intensificó su presencia en Asia Central mediante foros pan-túrquicos como el Consejo de Estados de Lengua Turca (Yaycıoğlu, 2022).

El periodo 2011–2025 evidencia tanto rupturas como elementos de continuidad. Si bien se abandonaron los postulados iniciales de la doctrina Davutoğlu, algunos de sus supuestos persisten, como la aspiración de autonomía estratégica y la creencia en una misión histórica de Turquía como puente y poder central.

El enfoque actual combina rasgos de realismo ofensivo –como la intervención militar directa en Siria, Libia o el Mediterráneo Oriental– con un componente ideológico

identitario. Se trata de una política exterior más coercitiva, nacionalista y basada en una interpretación del islam conservador como factor de cohesión regional (Aydın-Düzgit & Keyman, 2022).

En definitiva, la política exterior turca en este periodo se caracteriza por su creciente independencia de los marcos tradicionales de la OTAN y la UE, su personalización en torno al liderazgo presidencial, y su apuesta por una diplomacia proactiva, multidireccional y, en ocasiones, revisionista. Turquía ya no actúa solo como "frontera" de Europa o "aliado" de Occidente, sino como actor geoestratégico con aspiraciones propias, capaz de jugar un papel autónomo en múltiples tableros regionales.

# CAPÍTULO II: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN LOS BALCANES

## 1. Introducción y antecedentes históricos

Desde la proclamación de la República en 1923, los Balcanes han constituido una región de especial relevancia para la política exterior de Turquía. Más allá de la mera proximidad geográfica, este espacio comparte con Anatolia una densa red de vínculos históricos, culturales y religiosos forjados durante siglos de dominación otomana. Para Ankara, los Balcanes no se conciben únicamente como una zona de vecindad inmediata, sino como un entorno estratégico en el que convergen aspiraciones de influencia regional, preocupaciones de seguridad y responsabilidades percibidas hacia comunidades musulmanas o de origen turco[3].

A lo largo del último siglo, la proyección turca en esta región ha adoptado formas diversas, oscilando entre el retraimiento diplomático y el activismo multilateral, en función del contexto internacional y de las orientaciones ideológicas del poder político en cada etapa. Así, los Balcanes han funcionado como un espacio privilegiado para observar la evolución de la política exterior turca, tanto en sus continuidades estructurales como en sus transformaciones doctrinales.

En este contexto, y con el fin de comprender la trayectoria de Turquía en los Balcanes, resulta necesario comenzar por el periodo fundacional de la República y examinar cómo, entre 1923 y el final de la Guerra Fría, la política exterior turca hacia la región estuvo marcada por una tensión constante entre la herencia del Imperio otomano y las exigencias de consolidación del nuevo Estado-nación. Según Ibiş (2025), este periodo inicial se caracterizó por un distanciamiento significativo del pasado imperial, ilustrado por la doctrina kemalista de "paz en casa, paz en el mundo", que reflejaba una estrategia orientada a la estabilidad interna sin romper totalmente los lazos con los Balcanes.

[3] La prolongada dominación otomana en los Balcanes (siglos XIV–XX) dejó una impronta duradera en el plano religioso, cultural y demográfico, visible en la presencia de comunidades musulmanas y en ciertas estructuras institucionales heredadas.

Durante la década de 1920 y 1930, Ankara firmó tratados con Albania, Yugoslavia, Grecia y Bulgaria con el propósito de consolidar relaciones con los nuevos Estados posimperiales. En este sentido, la formación del Pacto de los Balcanes en 1934 simbolizó un esfuerzo colectivo para contrarrestar amenazas revisionistas, en particular las provenientes de la Italia fascista y la Bulgaria nacionalista, lo que, según Vračić (2016), convirtió a Turquía en garante del statu quo territorial en la región.

Sin embargo, conviene subrayar que, durante esos años, la proyección internacional de Turquía fue reducida. Harxhi (2017) concluye que el país carecía de la capacidad estructural para actuar como potencia regional, puesto que sus prioridades se centraban en la modernización estatal, la secularización y las reformas internas, relegando la política exterior a un papel secundario. Esta situación se mantuvo a lo largo de la Segunda Guerra Mundial y de los procesos de polarización del continente europeo.

Con el estallido de la Guerra Fría, Turquía se alineó con claridad dentro del bloque occidental. Fue así como se integró en la OTAN en 1952, posicionándose como pieza fundamental en la defensa del flanco suroriental de Europa. No obstante, según Szpala y Michalski (2022), este alineamiento no eliminó la persistente fricción bilateral con Grecia, especialmente a propósito del rescoldo dejado por la cuestión chipriota.

En el marco bipolar, Turquía mantuvo una presencia limitada en los Balcanes. Como subraya Harxhi (2017), las relaciones con países comunistas como Bulgaria, Rumanía o Albania se caracterizaron por una hostilidad moderada, pero sin cooperación substancial, mientras que Yugoslavia, por su condición de país no alineado, mantuvo una relación distante pero relativamente abierta con Ankara.

Uno de los pocos momentos de reactivación de la política balcánica de Turquía durante la Guerra Fría se produjo a raíz de la crisis humanitaria provocada por la campaña de asimilación forzada contra la minoría turca en Bulgaria durante la década de 1980. Este proceso, conocido como "el renacimiento nacional", implicó la supresión de derechos lingüísticos y religiosos, lo que derivó en la expulsión masiva de más de 300.000 ciudadanos hacia Turquía. Según Swissinfo.ch (2017), esta operación marcó uno de los mayores flujos

migratorios en Europa durante el siglo XX y obligó a Ankara a adoptar una posición más activa en defensa de las comunidades turcófonas en los Balcanes.

A pesar de la magnitud del gesto humanitario, la acogida fue ambivalente. Como señalan Veiga (2010) y Vuksanović y Hercigonja (2023), el realojo de los refugiados en regiones políticamente sensibles, como el sureste de Anatolia, generó tensiones internas. Además, una parte importante de los desplazados retornó a Bulgaria tras el colapso del comunismo. Sin embargo, este episodio evidenció la capacidad de Turquía para movilizar su política exterior en función de vínculos identitarios, una estrategia que sería perfeccionada en las décadas siguientes.

## 2. Reorientación post-Guerra Fría y conflictos en Bosnia y Kosovo

El final de la Guerra Fría representó un punto de inflexión en la relación de Turquía con los Balcanes. En un entorno internacional en reconfiguración, la desintegración del bloque socialista, sumada al estallido de los conflictos yugoslavos, reactivó el interés de Ankara por la región. Según Harxhi (2017), este nuevo contexto brindó a Turquía la oportunidad de redefinir su papel regional y asumir un compromiso más proactivo en los asuntos balcánicos.

Como destaca Ibiş (2025), esta transformación coincidió con un debate interno sobre la dirección que debía tomar la política exterior turca. Aunque el alineamiento con Occidente seguía siendo fundamental, comenzaron a ganar fuerza planteamientos favorables a una recuperación de la influencia histórica de Turquía en antiguos territorios otomanos, incluidos los Balcanes y Asia Central.

El conflicto de Bosnia (1992–1995) desempeñó un papel determinante en este proceso de redireccionamiento. Como afirma Veiga (2010), las atrocidades cometidas contra la población bosnia, ampliamente difundidas por los medios, despertaron una oleada de solidaridad en Turquía. Esta identificación emocional y cultural impulsó un apoyo que trascendía lo simbólico, y que incluyó ayuda humanitaria, entrenamiento de combatientes e incluso, según diversos informes, la facilitación de transferencias armamentísticas hacia Sarajevo (Yousuf, 2025).

Además del apoyo material, Ankara estrechó sus vínculos institucionales con el gobierno de Alija Izetbegović, quien encarnaba la defensa del islam europeo en clave nacional. Como recuerda Harxhi (2017), Izetbegović consideraba a Turquía un aliado natural, heredero de una tradición imperial con la que compartía valores, religión e historia. La activa diáspora bosnia en Turquía reforzó esta relación mediante intercambios sociales y económicos de creciente intensidad.

Aunque el papel de Turquía en el proceso de paz de Dayton fue secundario, su participación en las misiones de paz posteriores (SFOR y EUFOR Althea) consolidó su imagen como actor comprometido con la estabilidad regional. En palabras de Ibiş (2025), Bosnia se convirtió en un "laboratorio de diplomacia regional" para Ankara, donde se ensayó por primera vez una combinación de herramientas diplomáticas, humanitarias y culturales de largo alcance.

El segundo gran escenario de actuación turca en los Balcanes fue Kosovo. Aunque la escalada del conflicto no se produjo hasta finales de los años noventa, las tensiones se habían venido gestando desde tiempo atrás debido al progresivo desmantelamiento del autogobierno kosovar por parte del régimen de Slobodan Milošević. La represión sistemática de la mayoría albanesa –que incluía detenciones arbitrarias, el cierre de escuelas y universidades, así como restricciones a la libertad de expresión y religión– fue observada con inquietud por Ankara. Como explica Swissinfo.ch (2017), los lazos históricos con la comunidad albanesa, así como con la minoría turca presente en Kosovo, generaban un interés sostenido por parte del gobierno turco.

Cuando la crisis alcanzó su punto álgido en 1998, Turquía adoptó inicialmente una actitud cautelosa. Esta moderación respondía, según Vuksanović y Hercigonja (2023), al temor de que un eventual reconocimiento de la independencia de Kosovo incentivase reivindicaciones separatistas en regiones conflictivas del propio territorio turco, como el sudeste anatolio, de mayoría kurda.

No obstante, el giro estratégico se produjo en 1999 con la intervención de la OTAN. En el marco de la operación Allied Force, Turquía desempeñó un papel activo como miembro de

la Alianza, tanto en el plano militar como logístico. Esta participación, según Harxhi (2017), consolidó su imagen de actor fiable en las estructuras euroatlánticas, al tiempo que fortalecía su vínculo con las comunidades locales que percibían su implicación como una forma de protección frente a la violencia serbia.

En el ámbito humanitario, Turquía acogió a cientos de refugiados kosovares durante y después del conflicto, sobre todo en ciudades con presencia albanesa histórica, como Estambul, Bursa o Eskişehir. Este gesto reforzó los vínculos sociales y contribuyó a cimentar una narrativa oficial basada en el retorno de Turquía como "potencia protectora". Según Ibiş (2025), esta retórica apelaba simultáneamente a la solidaridad islámica, al deber histórico otomano y al liderazgo regional emergente de Ankara.

Al cierre de la década de 1990, Turquía había dejado atrás su papel pasivo para asumir una presencia activa y visible en los Balcanes. Aunque carecía aún de capacidad hegemónica, su creciente papel como mediador, aliado militar y actor cultural le permitía construir una base sólida para el despliegue de una política exterior más ambiciosa. Como sostiene Harxhi (2017), esta nueva etapa marcó el inicio de una estrategia orientada no solo a la seguridad, sino también a la proyección de poder blando y a la consolidación de una red de influencia regional.

## 3. La estrategia del AKP: poder blando y ambición regional

La llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (Adalet ve Kalkınma Partisi, AKP) en noviembre de 2002 representó un punto de inflexión decisivo en la política exterior de Turquía. Este nuevo ciclo se caracterizó por una ambición regional creciente, una relectura estratégica del legado otomano y una activación diplomática centrada en aquellos espacios donde Turquía podía proyectar influencia mediante vínculos históricos, religiosos, culturales y lingüísticos. En este marco, los Balcanes adquirieron una relevancia prioritaria dentro de la agenda internacional de Ankara (Harxhi, 2017; Ibiş, 2025).

Uno de los principales artífices de esta transformación fue Ahmet Davutoğlu, profesor de relaciones internacionales, asesor principal de política exterior y, posteriormente, ministro de Asuntos Exteriores (2009–2014) y primer ministro (2014–2016). Según Davutoğlu

(2001, citado en Harxhi, 2017), Turquía debía asumir su rol como heredera de un imperio multicivilizacional, proyectando liderazgo en una región que abarcaba desde los Balcanes hasta Asia Central. Su obra *Stratejik Derinlik* (Profundidad estratégica) se convirtió en la hoja de ruta de la diplomacia turca, promoviendo una visión según la cual la geografía e historia otomana conferían a Turquía una responsabilidad natural sobre su entorno inmediato.

Este enfoque supuso una ruptura respecto a los paradigmas diplomáticos tradicionales. Frente al realismo kemalista –marcado por el aislamiento prudente– y la dependencia casi automática del paraguas occidental durante la Guerra Fría, el AKP desarrolló una diplomacia "multivectorial" caracterizada por la diversificación de alianzas, el uso estratégico del pasado otomano y una fuerte apuesta por el poder blando como herramienta de proyección internacional. Como argumenta Nye (2004), este poder blando se basa en la capacidad de persuasión y atracción, antes que en la coerción, y el gobierno turco lo utilizó extensamente en los Balcanes a través de iniciativas educativas, culturales y religiosas (Yousuf, 2025).

La implementación de esta estrategia se articuló mediante una red de agencias públicas e instituciones que se expandieron rápidamente por los países balcánicos. Según Yousuf (2025), la Agencia Turca de Cooperación y Coordinación (TİKA) lideró proyectos de restauración de monumentos otomanos y obras de infraestructura básica. Por su parte, el Diyanet (Dirección de Asuntos Religiosos) promovió la construcción de mezquitas, centros islámicos y programas de formación religiosa. A esto se sumaron el Instituto Yunus Emre, encargado de difundir la lengua y cultura turcas, y la Fundación Maarif, que asumió el control de escuelas tras el cierre de instituciones vinculadas al movimiento gülenista.

Estas intervenciones reflejan lo que Ibiş (2025) describe como una estrategia de poder blando multidimensional, en la que el islam sunita se convierte en una palanca privilegiada –aunque no exclusiva– de conexión. Las comunidades musulmanas de Bosnia y Herzegovina, Kosovo, Albania y Macedonia del Norte se erigieron como socios prioritarios, pero también se llevaron a cabo iniciativas dirigidas a sectores no musulmanes,

como becas para estudiantes cristianos ortodoxos o católicos, con el fin de ampliar la base de legitimidad de la influencia turca en un entorno plural.

## 4. Instrumentos de influencia: diplomacia, cultura y economía

Un componente especialmente innovador de esta nueva etapa fue el impulso de plataformas diplomáticas trilaterales diseñadas para facilitar la reconciliación entre países balcánicos enfrentados históricamente, con Turquía actuando como mediador neutral. Como señalan Vuksanović y Hercigonja (2023), estos foros no solo buscaban promover el diálogo regional, sino también posicionar a Ankara como garante autónomo de estabilidad, al margen de los marcos euroatlánticos formales. Entre los ejemplos más destacados se encuentran los formatos Turquía–Bosnia–Serbia, activo desde 2009, y Turquía–Croacia–Bosnia, ambos concebidos para reducir tensiones en torno a la arquitectura post-Dayton de Bosnia y fomentar la integración regional.

Uno de los hitos de esta estrategia fue la cumbre celebrada en Estambul en abril de 2010, en la que los presidentes de Serbia, Bosnia y Turquía firmaron una declaración conjunta de cooperación y reconciliación. Según Ibiş (2025), este gesto representó una victoria diplomática para Ankara, que logró sentar en la misma mesa a líderes de países con profundas cicatrices históricas y proyectarse como potencia constructiva.

En paralelo, Turquía desempeñó un papel relevante en Macedonia del Norte, donde ejerció una diplomacia activa para apoyar la estabilidad tras el conflicto interétnico de 2001. Como explica Ibiş (2025), Ankara respaldó firmemente el Acuerdo de Ohrid, defendió el uso del nombre constitucional del país –Republika Makedonija– frente a la oposición griega, y promovió su adhesión a la OTAN, materializada finalmente en 2020. Este posicionamiento fortaleció los lazos bilaterales con Skopie, y en particular con la minoría turca local, que recibió apoyo cultural, educativo y religioso a través de TİKA, Diyanet y otras instituciones.

Además de su implicación diplomática, Turquía desplegó una intensa política de restauración patrimonial en toda la región, especialmente en Bosnia y Herzegovina. Según Vračić (2016), este proceso fue interpretado por numerosos analistas locales como una forma de "re-otomanización simbólica". Ejemplos destacados incluyen la restauración del

Puente Mehmed Paša Sokolović en Višegrad –inscrito en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO–, así como mezquitas históricas en Sarajevo, Mostar y Banja Luka. Estas intervenciones generaron, al mismo tiempo, adhesiones y resistencias: mientras sectores musulmanes y círculos culturales valoraban la recuperación del legado otomano, observadores nacionalistas y diplomáticos occidentales criticaban lo que percibían como una narrativa identitaria promovida desde Ankara.

En el ámbito económico, la estrategia turca en los Balcanes durante el primer ciclo del AKP se sustentó en una creciente interdependencia comercial y en la promoción activa de inversiones directas. Como destacan Szpala y Michalski (2022), las exportaciones turcas a la región se duplicaron entre 2002 y 2013, al tiempo que empresas turcas ampliaban su presencia en sectores estratégicos como el transporte, la construcción, la energía, la agricultura y las telecomunicaciones. En países como Kosovo, Albania y Macedonia del Norte, Turquía se situó como el segundo o tercer mayor inversor extranjero, consolidando así su perfil como socio económico clave.

Un ejemplo paradigmático de esta diplomacia económica fue el proyecto de la autopista Sarajevo–Belgrado, concebido como un símbolo tangible de reconciliación interétnica. Financiado en parte por Turquía, el trazado conectaría dos capitales marcadas por el conflicto, con el objetivo de fomentar el comercio, la movilidad y la cohesión regional. Según Harxhi (2017), Ankara promovió este corredor no solo como infraestructura física, sino como manifestación concreta de su papel como mediador confiable y agente de integración territorial.

Con la llegada de Recep Tayyip Erdoğan a la presidencia en 2014 y la posterior transición hacia un régimen presidencialista, la política exterior turca experimentó una progresiva personalización del liderazgo. Aunque los fundamentos estratégicos hacia los Balcanes no variaron significativamente, la forma de implementación se volvió más directa, simbólica y centrada en la figura presidencial. Como señalan Vuksanović y Hercigonja (2023), la diplomacia de Erdoğan se apoyó en relaciones bilaterales de alto nivel, visitas frecuentes y una narrativa de fraternidad histórica que consolidó su imagen de "protector" entre sectores musulmanes de la región.

Así, Turquía reforzó sus vínculos con países como Albania y Kosovo a través de iniciativas de alto impacto. Por ejemplo, en 2021 se inauguró el Hospital Memorial en Fier (Albania), construido y equipado íntegramente por Turquía. Esta infraestructura fue presentada por Erdoğan como símbolo de solidaridad y capacidad resolutiva, en contraste –según su propio discurso– con la ineficiencia de otros actores internacionales (Yousuf, 2025).

En el ámbito económico, la estrategia turca en los Balcanes durante el primer ciclo del AKP se sustentó en una creciente interdependencia comercial y en la promoción activa de inversiones directas. Como destacan Szpala y Michalski (2022), las exportaciones turcas a la región se duplicaron entre 2002 y 2013, al tiempo que empresas turcas ampliaban su presencia en sectores estratégicos como el transporte, la construcción, la energía, la agricultura y las telecomunicaciones. En países como Kosovo, Albania y Macedonia del Norte, Turquía se situó como el segundo o tercer mayor inversor extranjero, consolidando así su perfil como socio económico clave.

Un ejemplo paradigmático de esta diplomacia económica fue el proyecto de la autopista Sarajevo–Belgrado, concebido como un símbolo tangible de reconciliación interétnica. Financiado en parte por Turquía, el trazado conectaría dos capitales marcadas por el conflicto, con el objetivo de fomentar el comercio, la movilidad y la cohesión regional. Según Harxhi (2017), Ankara promovió este corredor no solo como infraestructura física, sino como manifestación concreta de su papel como mediador confiable y agente de integración territorial.

Con la llegada de Recep Tayyip Erdoğan a la presidencia en 2014 y la posterior transición hacia un régimen presidencialista, la política exterior turca experimentó una progresiva personalización del liderazgo. Aunque los fundamentos estratégicos hacia los Balcanes no variaron significativamente, la forma de implementación se volvió más directa, simbólica y centrada en la figura presidencial. Como señalan Vuksanović y Hercigonja (2023), la diplomacia de Erdoğan se apoyó en relaciones bilaterales de alto nivel, visitas frecuentes y una narrativa de fraternidad histórica que consolidó su imagen de "protector" entre sectores musulmanes de la región.

Así, Turquía reforzó sus vínculos con países como Albania y Kosovo a través de iniciativas de alto impacto. Por ejemplo, en 2021 se inauguró el Hospital Memorial en Fier (Albania), construido y equipado íntegramente por Turquía. Esta infraestructura fue presentada por Erdoğan como símbolo de solidaridad y capacidad resolutiva, en contraste –según su propio discurso– con la ineficiencia de otros actores internacionales (Yousuf, 2025).

Uno de los giros más llamativos de esta etapa fue el acercamiento sostenido entre Turquía y Serbia, un país históricamente reticente a la influencia otomana y con estrechos lazos con Rusia. Pese a estas diferencias, Erdoğan desarrolló una relación personal fluida con el presidente serbio Aleksandar Vučić, lo que permitió el avance de acuerdos bilaterales en áreas como transporte, energía y defensa. Según Szpala y Michalski (2022), esta cooperación reflejaba un pragmatismo compartido: para Belgrado, Turquía ofrecía una vía para diversificar sus alianzas y equilibrar su dependencia de Moscú; para Ankara, Serbia representaba una pieza clave para garantizar la estabilidad regional y preservar el equilibrio con las comunidades musulmanas aliadas.

La diplomacia cultural y educativa desempeñó también un papel central en la estrategia de Ankara. Como destaca Yousuf (2025), el Instituto Yunus Emre amplió sus actividades en Bosnia, Albania, Macedonia del Norte y Kosovo, promoviendo el idioma turco y organizando intercambios académicos y eventos culturales. Paralelamente, la Fundación Maarif asumió el control de escuelas anteriormente vinculadas al movimiento gülenista, convirtiéndose en el principal instrumento del *soft power* educativo turco en la región. Estas instituciones funcionaron no solo como centros de formación, sino también como nodos de influencia ideológica alineada con el Estado turco.

La dimensión religiosa fue igualmente central en esta fase. Según Associated Press (2024), el Diyanet intensificó sus actividades en toda la región, restaurando mezquitas, financiando actividades religiosas durante el Ramadán y enviando imanes formados en Turquía para ejercer liderazgo espiritual en comunidades locales. Este despliegue consolidó una red islamo-institucional de alcance regional que promovía una identidad sunita homogénea. No obstante, como apuntan Vuksanović y Hercigonja (2023), esta orientación generó tensiones en contextos donde el islam histórico era más sincrético o pluralista, como en Albania o

Macedonia del Norte, donde convivían tradiciones bektashíes, sufíes y laicas que veían con recelo la homogeneización religiosa impulsada por Ankara.

A pesar del notable despliegue político, económico, cultural y religioso llevado a cabo por Turquía en los Balcanes durante las últimas dos décadas, la consolidación de su influencia no ha estado exenta de obstáculos. Uno de los factores más relevantes ha sido el deterioro de las relaciones entre Turquía y la Unión Europea, especialmente tras el estancamiento del proceso de adhesión. Aunque Ankara fue reconocida como país candidato en la cumbre de Helsinki de 1999, el enfriamiento progresivo de las negociaciones desde 2016 –motivado en gran parte por preocupaciones en Bruselas sobre la deriva autoritaria del régimen de Erdoğan– ha erosionado el perfil de Turquía como socio fiable para la integración europea de la región (Vračić, 2016).

Este distanciamiento ha generado un clima de ambivalencia entre los Estados balcánicos. Según Szpala y Michalski (2022), países como Macedonia del Norte, Montenegro o Serbia, que aspiran a incorporarse a la UE, contemplan con cautela una profundización de sus vínculos con Ankara, temiendo que ello pueda comprometer sus credenciales europeas o generar suspicacias en Bruselas. Así, aunque Turquía mantiene una presencia sólida, esta ya no opera sin competencia ni condicionamientos geopolíticos.

A este escenario se suma el fortalecimiento de la cooperación energética entre Turquía y Rusia, en particular a través del gasoducto TurkStream. Esta infraestructura estratégica convierte a Ankara en un actor clave para el suministro de gas hacia el sudeste europeo, pero también despierta recelos en gobiernos preocupados por una eventual instrumentalización del flujo energético. En países como Montenegro, esta relación ha sido recibida con una mezcla de interés económico y reservas geopolíticas (Vuksanović & Hercigonja, 2023).

Por otra parte, la creciente presencia de China en los Balcanes, especialmente mediante la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI), ha configurado un entorno de competencia multipolar. Como señalan Szpala y Michalski (2022), Pekín ha logrado posicionarse como un socio atractivo gracias a su modelo de financiación sin condiciones políticas, lo que ha

facilitado su expansión en sectores como infraestructuras, transporte, telecomunicaciones o logística. En comparación, la propuesta turca –aunque más sensible a las afinidades culturales– ha debido adaptarse a un entorno regional cada vez más disputado.

Las transformaciones internas del sistema político turco, especialmente tras el intento de golpe de Estado de julio de 2016, también han repercutido significativamente en su proyección exterior en los Balcanes. Como subraya Swissinfo.ch (2017), el gobierno de Ankara emprendió una extensa campaña de purgas institucionales contra presuntos miembros del movimiento de Fethullah Gülen, al que responsabiliza del levantamiento. Esta lógica de confrontación se exportó parcialmente a los países balcánicos, donde Turquía ejerció una presión constante para cerrar centros educativos afiliados al gülenismo, extraditar ciudadanos turcos y colaborar en la vigilancia de redes consideradas hostiles.

Este tipo de actuaciones, aunque en ocasiones fueron aceptadas por gobiernos políticamente afines o económicamente dependientes, generaron importantes tensiones internas y preocupación en organismos de derechos humanos. Como documenta Human Rights Watch (2018), el caso más polémico fue el de Kosovo en 2018, cuando la deportación de seis ciudadanos turcos vinculados al movimiento gülenista –sin una orden judicial clara– desató una crisis institucional entre el primer ministro y el presidente kosovares, así como críticas internacionales por la vulneración del debido proceso.

Asimismo, la expansión del islam promovido por el Estado turco, articulado a través del Diyanet, ha generado resistencias en varios países de la región. Según Associated Press (2024), la identificación del islam oficial con una ortodoxia sunita homogénea –gestada desde Ankara– ha chocado con tradiciones religiosas más pluralistas y locales, como el bektashismo en Albania o ciertas corrientes sufíes en Macedonia del Norte. Aunque numerosos proyectos de restauración y cooperación religiosa han sido bien recibidos, también se han alzado voces que acusan a Turquía de instrumentalizar la religión con fines políticos.

En el plano económico, pese al crecimiento sostenido de las inversiones turcas, estas han encontrado límites importantes. Como concluyen Vuksanović y Hercigonja (2023), muchos

países balcánicos presentan estructuras institucionales débiles, mercados internos reducidos, altos índices de corrupción y una fuerte dependencia financiera de la Unión Europea o de instituciones multilaterales. Esta realidad ha dificultado la consolidación de ciertos megaproyectos impulsados desde Ankara y ha obligado a adoptar una estrategia más pragmática y selectiva, priorizando inversiones de alto impacto simbólico o político sobre aquellas de rentabilidad a largo plazo.

Por último, la creciente polarización política dentro de Turquía y la erosión de su institucionalidad diplomática tradicional han tenido un efecto indirecto en la región. La centralización del poder en torno a Erdoğan, unida al desplazamiento de diplomáticos veteranos tras las purgas de 2016, ha debilitado la capacidad de Ankara para gestionar relaciones complejas o mantener una diplomacia de bajo perfil en entornos adversos. Así, si bien la figura presidencial continúa siendo clave en el despliegue turco en los Balcanes, su proyección está cada vez más condicionada por las limitaciones internas y por un contexto regional crecientemente competitivo.

# CAPÍTULO III: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN ORIENTE MEDIO

## 1. De la marginalidad a la apertura (1923–1990)

A lo largo del último siglo, Oriente Medio ha constituido una región particularmente compleja y estratégica para la política exterior de Turquía[4]. Más allá de los factores geográficos y de seguridad, el vínculo con este espacio está marcado por una herencia compartida de siglos de dominación otomana, así como por afinidades religiosas, lingüísticas y culturales que aún perviven en numerosas sociedades de la región. No obstante, esta cercanía histórica no se ha traducido de forma lineal en influencia o presencia sostenida. Por el contrario, la actitud de Ankara hacia Oriente Medio ha oscilado entre el distanciamiento ideológico, el alineamiento con actores externos y el activismo regional, en función de los condicionantes internos del sistema político turco y de los vaivenes del orden internacional. En este sentido, Oriente Medio ha funcionado como un escenario privilegiado para observar las tensiones entre identidad y estrategia, entre memoria imperial y realismo geopolítico, que han marcado la evolución de la política exterior turca en las distintas etapas de su historia republicana.

Con el establecimiento de la República en 1923 y el liderazgo de Mustafa Kemal Atatürk, Turquía optó por una política de alejamiento explícito del entorno árabe y del legado otomano en Oriente Medio. Según Carley (1995), este giro marginó al mundo árabe y al Islam político, considerados incompatibles con el nuevo Estado laico. Durante las décadas siguientes, la prioridad se centró en la seguridad interna y la consolidación nacional.

En las décadas de 1930 y 1940, las relaciones con los vecinos de Oriente Medio fueron escasas y pragmáticas, limitadas a acuerdos sobre delimitación fronteriza con Irak, Siria e Irán, además de tratados de no agresión. Como explica Pérez Fernández (2016), uno de los hitos más relevantes de este periodo fue la incorporación del Sanjacado de Alejandreta (Hatay) en 1939, lo que provocó tensiones duraderas con Siria debido a la inclusión de una población mixta de turcos y árabes.

[4] Turquía comparte con diversos países de Oriente Medio una herencia histórica común vinculada al periodo otomano, así como afinidades religiosas, especialmente en torno al islam suní.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Turquía se alineó completamente con el bloque occidental. Su ingreso en la OTAN en 1952 marcó su subordinación estratégica a los intereses estadounidenses, una posición que se mantuvo firme, evitando así implicarse en los asuntos del mundo árabe (Carley, 1995).

Un gesto significativo de esta etapa temprana fue el reconocimiento en 1949 del Estado de Israel; de hecho, Turquía fue el primer país musulmán en hacerlo, lo que le alejó aún más del consenso árabe y consolidó una percepción de Ankara como aliada occidental, tal y como señala Altunışık (2025).

Durante los años 1960 y 1970, la política exterior turca hacia Oriente Medio adquirió un perfil de pasividad estratégica. Según Carley (1995), aunque existía proximidad geográfica, Turquía carecía de una doctrina regional propia y centró sus esfuerzos en contener el comunismo y los movimientos kurdos, muchos de los cuales habían encontrado apoyo en Siria e Irak.

A grandes rasgos, entre 1923 y 1990, Turquía fue percibida como un actor marginal en Oriente Medio, limitado a gestiones fronterizas, alianzas básicas y una sumisión casi absoluta a Occidente. Su imagen en el mundo árabe oscilaba entre la indiferencia y la hostilidad, mientras su influencia regional se mantenía reducida (Altunışık, 2025).

## 2. Reajustes en los años 90: seguridad y pragmatismo

El final de la Guerra Fría supuso un punto de inflexión en la política exterior de Turquía hacia Oriente Medio. La desaparición del bloque soviético ofreció a Ankara una oportunidad para redefinir su papel en el entorno regional, incluyendo tanto a Asia Central como al mundo árabe. Como destaca Altunışık (2025), este nuevo contexto geopolítico animó a Turquía a adoptar una política exterior más activa, aunque aún condicionada por factores de seguridad nacional.

En Irak, la intervención liderada por Estados Unidos tras la invasión de Kuwait en 1990 propició una reconfiguración del poder en el norte del país. Turquía permitió el uso de su territorio para la operación Provide Comfort, lo que facilitó la creación de una zona de

exclusión aérea para proteger a los kurdos iraquíes. Sin embargo, esta intervención también trajo consigo desafíos internos, especialmente por la presencia del PKK en el Kurdistán iraquí, que comenzó a usar la zona como base para sus actividades armadas. Según Barkey (2010), la cooperación con Washington en este contexto provocó divisiones dentro del aparato estatal turco debido a la percepción de pérdida de soberanía.

Las relaciones con Siria continuaron siendo tensas. Durante décadas, Damasco ofreció refugio y apoyo logístico al líder del PKK, Abdullah Öcalan, lo que llevó a una escalada diplomática que culminó en 1998 con una amenaza militar explícita por parte de Ankara. Como explica Pérez Fernández (2016), este pulso se resolvió con la firma del Acuerdo de Adana, mediante el cual Siria se comprometió a cesar su respaldo al PKK y a expulsar a sus dirigentes del país, abriendo un periodo de distensión controlada entre ambos Estados.

La relación con Irán fue más ambigua. A pesar de las diferencias ideológicas entre la República Islámica y la Turquía secular, ambos países compartían intereses comunes, como la estabilidad regional y la contención del separatismo kurdo. En este marco, se firmaron acuerdos bilaterales centrados en la cooperación energética y en la lucha contra el terrorismo, consolidando lo que Harpviken y Tadjbakhsh (2016) describen como una "coexistencia pragmática".

Durante esta misma década, Turquía profundizó su cooperación con Israel, en un contexto de aislamiento regional. Se firmaron acuerdos militares y de inteligencia que incluyeron entrenamientos conjuntos y comercio de armamento. Como recuerda Altunışık (2025), esta alianza generó malestar en el mundo árabe, donde se interpretó como una traición a la causa palestina y una muestra del alineamiento turco con las potencias occidentales.

Este periodo, aunque aún caracterizado por cierta cautela, reflejó un cambio progresivo en la actitud de Turquía hacia Oriente Medio. Ankara comenzaba a reconocerse como un actor con intereses directos en la región, aunque seguía priorizando las consideraciones de seguridad sobre las aspiraciones ideológicas o culturales.

## 3. El giro estratégico del AKP: neo-otomanismo y "cero problemas"

La llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (Adalet ve Kalkınma Partisi, AKP) en 2002 transformó profundamente la política exterior turca. Inspirado por la doctrina de la "profundidad estratégica" desarrollada por Ahmet Davutoğlu, el nuevo enfoque promovía una proyección internacional activa, multidimensional y basada en vínculos históricos, culturales y geográficos. Según Davutoğlu (2001, citado en Altunışık, 2025), Turquía debía abandonar el paradigma defensivo heredado del kemalismo y convertirse en una potencia central capaz de influir simultáneamente en los Balcanes, el Cáucaso, Asia Central y Oriente Medio.

Este giro estratégico se tradujo en la política de "cero problemas con los vecinos", que apostaba por resolver tensiones regionales mediante la diplomacia económica, la cooperación institucional y el diálogo político. Como sostiene Barkey (2011), esta doctrina supuso un cambio radical respecto al enfoque aislacionista anterior, permitiendo a Ankara mejorar significativamente sus relaciones con países tradicionalmente conflictivos como Siria, Irán o Irak.

Con Siria, la relación bilateral experimentó un giro sin precedentes. A partir de 2004, se suprimieron los visados, se firmaron acuerdos comerciales y se establecieron canales de cooperación en materia de seguridad fronteriza. El presidente Bashar al-Asad realizó visitas oficiales a Turquía, y se avanzó en la creación de un Consejo de Cooperación Estratégica. Como subraya Pérez Fernández (2016), este proceso de acercamiento convirtió a Turquía en un actor clave en la política siria, hasta el estallido de la guerra civil en 2011.

En Irak, la postura turca fue ambivalente. Aunque Ankara se opuso a la invasión estadounidense de 2003 y negó el uso de su territorio para las operaciones militares, posteriormente adoptó un enfoque pragmático que le permitió mantener relaciones tanto con Bagdad como con el Gobierno Regional del Kurdistán. El principal objetivo turco era evitar el surgimiento de un Estado kurdo independiente que sirviera de modelo para los kurdos de Turquía. Según Aydıntaşbaş (2020), esta doble política combinaba la contención

del nacionalismo kurdo con la búsqueda de oportunidades económicas en los sectores energético y de infraestructuras.

La relación con Irán también mejoró durante estos años. A pesar de las diferencias ideológicas y de competencia regional, ambos países compartieron intereses comunes en la estabilidad de Irak y la oposición a las aspiraciones kurdas. En el contexto del programa nuclear iraní, Turquía asumió un papel mediador. En 2010, junto con Brasil, propuso un acuerdo de intercambio de uranio que pretendía ofrecer una vía diplomática al conflicto. Como señala Kardaş (2011), esta mediación fue vista como una afirmación de la autonomía estratégica turca, aunque no fue bien recibida por Estados Unidos ni por varios aliados europeos.

La relación con Israel, que había alcanzado su punto álgido en los años 90, comenzó a deteriorarse en esta etapa. La creciente identificación de Turquía con la causa palestina, así como el rechazo popular al asedio de Gaza, generaron tensiones crecientes. El punto de inflexión se produjo en 2010 con el asalto israelí al barco Mavi Marmara, en el que murieron ciudadanos turcos. Turquía rompió relaciones diplomáticas y exigió una disculpa oficial, además de compensaciones a las víctimas. Como recuerda Villalón (2024), este incidente no solo representó una ruptura bilateral, sino también una redefinición simbólica del papel de Turquía como defensora de los derechos de los pueblos musulmanes en la región.

En paralelo, el AKP desplegó un ambicioso programa de diplomacia cultural y económica. A través de instituciones como la Agencia TIKA o el Instituto Yunus Emre, Turquía promovió la cooperación técnica, el intercambio educativo y la difusión de la lengua y cultura turcas en todo Oriente Medio. Según Altunışık (2025), este uso del poder blando contribuyó a reforzar la imagen de Ankara como un modelo político alternativo, capaz de combinar islam, democracia y modernización.

Este nuevo enfoque regional posicionó a Turquía como un actor proactivo, con una agenda propia en Oriente Medio. Sin embargo, esta estrategia sería pronto puesta a prueba

con el estallido de la Primavera Árabe, que alteraría por completo el equilibrio de poder regional y pondría en tensión los principios de la política de "cero problemas".

## 4. De la Primavera Árabe al intervencionismo regional (2011–2025)

La irrupción de la Primavera Árabe en 2011 supuso un punto de inflexión en la política exterior turca. Los levantamientos populares contra los regímenes autoritarios en Túnez, Egipto, Libia, Siria y otros países del mundo árabe desestabilizaron el entorno regional de Turquía y forzaron a Ankara a redefinir su estrategia. Como señala Altunışık (2025), la doctrina de "cero problemas con los vecinos" quedó obsoleta ante un escenario caracterizado por el colapso de gobiernos aliados, la emergencia de actores no estatales y la creciente polarización ideológica.

En este nuevo contexto, Turquía adoptó un enfoque más ideologizado, alineándose abiertamente con movimientos islamistas de corte reformista, especialmente con los Hermanos Musulmanes. Esta decisión reflejaba tanto una afinidad doctrinal con el ideario del AKP como una apuesta estratégica por apoyar a las nuevas elites políticas emergentes. Según Aydınlı (2013), Ankara interpretó las revueltas árabes como una oportunidad para construir un nuevo orden regional más afín a sus valores y liderazgo.

El caso de Egipto fue especialmente revelador. Turquía brindó un respaldo explícito al presidente Mohamed Morsi tras su elección en 2012, articulando una alianza basada en la legitimidad democrática y la afinidad ideológica. Sin embargo, el golpe militar de 2013, que derrocó a Morsi y devolvió el poder a los militares bajo el liderazgo de Abdel Fattah al-Sisi, rompió abruptamente esta dinámica. Como explican Gerges (2014) y EFE (2023), Ankara no solo condenó el golpe, sino que también se negó a reconocer al nuevo gobierno egipcio, lo que provocó una ruptura diplomática que se prolongaría casi una década.

En Siria, el cambio fue aún más radical. Durante los años previos, Erdoğan y Bashar al-Asad habían mantenido una relación cordial, incluso fraternal. Pero la represión violenta de las protestas en 2011 llevó a Ankara a posicionarse con firmeza del lado de la oposición

siria. Turquía se convirtió en uno de los principales apoyos logísticos, financieros y políticos del Frente Nacional Sirio y de diversos grupos insurgentes, incluidos sectores islamistas. Como concluye Pérez Fernández (2016), este alineamiento respondió tanto a una lógica moral –la defensa de los derechos humanos– como a una lógica geoestratégica orientada a derrocar a un régimen aliado de Irán y de escasa legitimidad en el nuevo escenario regional.

La implicación turca en Siria se intensificó con el paso del tiempo. Ankara acogió a más de tres millones de refugiados sirios, estableció zonas de seguridad en el norte del país mediante operaciones militares unilaterales y consolidó su influencia sobre milicias opositoras. Según Yavuz (2020), esta intervención buscaba impedir la consolidación de una entidad kurda autónoma liderada por el YPG, brazo sirio del PKK, y al mismo tiempo crear un cinturón de seguridad bajo control turco en su frontera sur.

En Libia, Turquía adoptó una estrategia similar, aunque más gradual. En un primer momento se mostró ambivalente, pero a partir de 2019 intervino activamente a favor del Gobierno de Acuerdo Nacional (GNA) con sede en Trípoli, reconocido por la ONU. Esta decisión respondió a la necesidad de contener la expansión del general Khalifa Haftar, respaldado por Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Rusia. Como indica Ulgen (2021), el apoyo turco –incluyendo drones, asesores militares y contratistas– fue decisivo para frenar el avance de Haftar y consolidar un nuevo equilibrio de poder en el conflicto libio.

La crisis del Golfo en 2017 ofreció a Turquía otra oportunidad para redefinir sus alianzas. Cuando Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Egipto y Bahréin impusieron un bloqueo diplomático y económico sobre Catar, Ankara respondió con rapidez en defensa de Doha. Desplegó tropas en su base militar en el emirato, envió productos de primera necesidad y se opuso frontalmente a las condiciones impuestas por el cuarteto árabe. Según Beaumont (2017), esta decisión consolidó una alianza estratégica entre Turquía y Catar basada en la convergencia ideológica, la cooperación económica y la coordinación en política regional.

Este nuevo mapa de alianzas, sin embargo, profundizó el aislamiento de Turquía frente a potencias regionales tradicionales como Arabia Saudí y Emiratos Árabes. El asesinato del

periodista Jamal Khashoggi en el consulado saudí de Estambul en 2018 exacerbó la tensión bilateral, ya que Ankara lideró una campaña internacional para denunciar el crimen y exigir responsabilidades. Como destaca Altunışık (2025), esta confrontación puso de manifiesto la rivalidad entre dos modelos de liderazgo islámico: uno autoritario y monárquico, y otro republicano e islamista.

Durante los años posteriores al asalto al barco Mavi Marmara en 2010, la política exterior turca mantuvo una orientación firmemente alineada con la causa palestina. Ankara se convirtió en uno de los principales defensores regionales de los derechos del pueblo palestino, tanto en el plano diplomático como en el simbólico. Como explica Villalón (2024), el gobierno de Erdoğan intensificó sus vínculos con Hamás, acogiendo a sus líderes en territorio turco y denunciando con dureza las políticas de ocupación israelíes, en particular en la Franja de Gaza.

Esta postura le permitió a Turquía aumentar su popularidad entre las sociedades árabes y musulmanas, pero a costa de su relación con Israel y del escepticismo de algunos socios occidentales. Como indica Altunışık (2025), el discurso adoptado por Ankara –centrado en denunciar el "terrorismo de Estado" israelí– erosionó las posibilidades de mediación neutral que Turquía había cultivado anteriormente. A pesar de algunos intentos de reanudar las relaciones bilaterales, como el restablecimiento parcial de embajadores en 2016, la desconfianza mutua persistió hasta bien entrada la década de 2020.

A partir de 2019, y ante un contexto marcado por la sobreexposición regional, el deterioro económico interno y el aislamiento diplomático, Turquía inició un proceso de recalibración de su política exterior. Como argumenta Akgün (2023), este viraje respondió a una lógica pragmática: Erdoğan buscaba restablecer puentes con actores clave del mundo árabe, amortiguar tensiones y reinsertar a Turquía en una arquitectura regional más cooperativa.

Uno de los pasos más relevantes de este giro fue el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Egipto. Tras una década de ruptura por el golpe contra Mohamed Morsi, Ankara y El Cairo retomaron contactos discretos en 2021 y normalizaron oficialmente sus relaciones en julio de 2023, intercambiando embajadores y destacando la "histórica

profundidad" de sus vínculos (EFE, 2023). Aunque Turquía no abandonó su cercanía ideológica con los Hermanos Musulmanes, sí moderó su retórica y redujo el protagonismo de los exiliados islamistas en su territorio.

De forma paralela, Turquía también reconstruyó sus relaciones con Arabia Saudí. A pesar de la dureza con la que había tratado el asesinato de Khashoggi, Erdoğan adoptó una línea conciliadora a partir de 2022, realizando visitas oficiales a Riad y recibiendo en Ankara al príncipe heredero Mohammed bin Salman. Como sostiene Erşen (2024), este acercamiento estuvo motivado tanto por razones económicas –la búsqueda de inversión extranjera– como por la necesidad de reequilibrar el tablero geopolítico frente a la influencia creciente de Irán y Rusia.

Con Emiratos Árabes Unidos se produjo una evolución similar. Tras años de rivalidad en Libia, Sudán, Somalia y el Mediterráneo oriental, ambos países optaron por una normalización pragmática, articulada en torno a acuerdos financieros, proyectos tecnológicos y entendimientos diplomáticos. Según Vuksanović y Hercigonja (2023), este proceso permitió a Turquía recuperar parte del terreno perdido en el Golfo y proyectar una imagen de flexibilidad estratégica.

No obstante, las relaciones con Siria siguieron siendo un punto de fricción. Turquía mantuvo su presencia militar en el norte del país, donde controlaba áreas significativas a través de fuerzas propias y milicias aliadas. Estas zonas eran consideradas por Ankara como esenciales para su seguridad nacional, dada la amenaza persistente del PKK y sus ramificaciones sirias en las YPG (Altunışık, 2025). Aunque hubo intentos auspiciados por Rusia para facilitar un encuentro entre Erdoğan y Bashar al-Asad, las negociaciones fracasaron debido a la negativa turca a una retirada sin concesiones respecto al control kurdo.

En Irak, la política exterior turca se mantuvo enfocada en la lucha contra el PKK y en el refuerzo de los vínculos económicos con el Gobierno Regional del Kurdistán. Las operaciones militares periódicas en el norte iraquí, junto con el establecimiento de bases avanzadas, consolidaron una presencia sostenida. Como apunta Barkey (2011), esta

estrategia combinaba objetivos de seguridad nacional con una proyección de poder regional, al tiempo que preservaba los intereses energéticos turcos en el petróleo kurdo exportado por vía terrestre hacia el Mediterráneo.

La guerra en Gaza iniciada en octubre de 2023 reactivó el protagonismo regional de Turquía. Erdoğan adoptó desde el inicio una postura firme de denuncia contra Israel, calificando sus acciones como "terrorismo de Estado" y describiendo a Hamás como un movimiento de resistencia legítimo, en contraste con la postura dominante en la Unión Europea y Estados Unidos (Villalón, 2024). Esta diferenciación reavivó las tensiones diplomáticas con Tel Aviv, pero reforzó el posicionamiento de Turquía ante las audiencias árabes y musulmanas.

A comienzos de 2025, Ankara redobló su implicación política al recibir una delegación de Hamás en la capital turca, confirmando su rol como plataforma de diálogo para actores excluidos por otros mediadores internacionales. Como señala Erkoyun y Toksabay (2025), este gesto evidenció la voluntad de Turquía de seguir siendo un actor central en el conflicto palestino-israelí, combinando su apoyo a la Autoridad Palestina con una legitimación parcial de Hamás como interlocutor necesario.

A través de esta estrategia, Turquía ha intentado mantener su autonomía diplomática en un entorno internacional crecientemente polarizado. La insistencia de Ankara en que cualquier solución al conflicto incluya a todos los actores relevantes ha sido criticada por varios gobiernos europeos, pero también ha reforzado su imagen como potencia regional con capacidad de interlocución múltiple y sensibilidad hacia las causas populares del mundo árabe (Altunışık, 2025).

La trayectoria de la política exterior turca hacia Oriente Medio desde 1923 hasta 2025 muestra una evolución profundamente marcada por los cambios en el sistema internacional, las transformaciones ideológicas internas y las oportunidades estratégicas percibidas por las élites gobernantes. Lejos de una línea uniforme, el posicionamiento de Ankara ha oscilado entre la contención cautelosa y la implicación activa, según las coyunturas regionales y globales.

Durante las primeras décadas republicanas, el distanciamiento del mundo árabe fue tanto ideológico como práctico. Turquía construyó su identidad internacional sobre la negación del pasado otomano y el alineamiento con Occidente, lo que relegó su presencia en Oriente Medio a un plano marginal. Como argumenta Carley (1995), la prioridad era la consolidación del Estado-nación turco y la integración en la arquitectura euroatlántica de seguridad, no la participación en la dinámica política árabe.

Este patrón comenzó a erosionarse lentamente a partir del fin de la Guerra Fría, cuando la descomposición de los bloques y el surgimiento de nuevos focos de inestabilidad en Oriente Medio forzaron a Ankara a revisar su entorno inmediato. Si bien durante los años 90 persistió una lógica reactiva y securitaria, sobre todo respecto al conflicto kurdo y la presencia del PKK en Siria e Irak, también se abrieron canales de diálogo y cooperación regional (Barkey, 2010).

La llegada al poder del AKP en 2002 supuso un punto de inflexión. El nuevo liderazgo impulsó una política exterior más expansiva, con una narrativa anclada en la historia compartida, la afinidad religiosa y la vecindad cultural. Como destaca Altunışık (2025), esta etapa estuvo marcada por una diplomacia multifacética que combinaba herramientas clásicas –alianzas, comercio, tratados– con instrumentos de poder blando, como la cooperación religiosa, educativa y cultural.

El estallido de la Primavera Árabe obligó a Turquía a redefinir sus prioridades. La apuesta inicial por la estabilidad regional dio paso a una identificación ideológica con los movimientos islamistas que emergían como actores políticos centrales, particularmente los Hermanos Musulmanes. Esta orientación generó fricciones profundas con los regímenes conservadores del Golfo y reconfiguró el mapa de alianzas regionales (Pérez Fernández, 2016).

A lo largo de la década de 2010, Ankara reforzó su implicación militar directa en conflictos como Siria y Libia, al tiempo que mantenía una fuerte retórica pro-palestina y alineada con sectores islamistas. Esta proyección activa generó apoyos sociales en el mundo árabe, pero también tensiones con potencias occidentales y vecinos regionales. Según Erşen (2024), la

polarización derivada de estas decisiones fue uno de los principales factores que motivaron el giro pragmático a partir de 2019.

Desde entonces, Turquía ha emprendido un proceso de normalización diplomática con actores como Egipto, Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, buscando recuperar márgenes de maniobra regional, atraer inversiones y estabilizar su imagen internacional. Este ajuste no ha implicado un abandono de sus prioridades ideológicas, pero sí una redefinición de sus formas y canales de acción (Vuksanović & Hercigonja, 2023).

En este nuevo escenario, Ankara se presenta como un actor que combina identidad islámica, ambición geoestratégica y voluntad de mediación. Su papel en el conflicto palestino, su presencia militar en Siria e Irak, y su capacidad de interlocución con gobiernos antagónicos reflejan una política exterior orientada a preservar la autonomía estratégica en un entorno regional cada vez más competitivo. Como concluye Altunışık (2025), más que una ruptura con el pasado reciente, este viraje representa una adaptación flexible a las restricciones impuestas por un sistema internacional en transformación.

# CAPÍTULO IV: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN EL CÁUCASO

## 1. Herencia histórica y tensiones geoestratégicas (1923–1991)

A lo largo del último siglo, el Cáucaso ha constituido un espacio liminal y estratégico en la periferia oriental de Turquía[5], donde confluyen intereses geopolíticos, vínculos históricos y dilemas de seguridad regional. Esta región, situada entre Europa oriental, Asia occidental y el mar Caspio, ha sido percibida por Ankara como una prolongación de su entorno inmediato, especialmente tras el colapso del Imperio soviético. La afinidad lingüística y cultural con Azerbaiyán, las interdependencias energéticas con Georgia, así como las tensiones históricas no resueltas con Armenia, convierten al Cáucaso en un laboratorio complejo para la proyección exterior turca.

En este escenario, la evolución de la política exterior turca ha oscilado entre el pragmatismo estratégico, la afinidad identitaria y el alineamiento con alianzas internacionales variables. A diferencia de los Balcanes, donde la huella otomana sigue siendo un referente simbólico, la aproximación turca al Cáucaso ha estado más determinada por consideraciones contemporáneas de seguridad, comercio y diplomacia energética, articuladas en torno a dinámicas post-soviéticas y rivalidades regionales en transformación.

Desde esta perspectiva, la relación con el Cáucaso sur comenzó a consolidarse en el marco de una política de equilibrio entre los antiguos aliados soviéticos y los nuevos interlocutores occidentales. Durante la guerra de independencia (1919–1923), los bolcheviques prestaron apoyo político y militar a los nacionalistas turcos, lo que allanó el camino para la firma del Tratado de Moscú en 1921, en el que Turquía consolidó sus fronteras orientales, incluyendo Artvin, Ardahan y parte de Kars (Devrim, 2011). Dos años más tarde, en 1925, se firmó un Tratado de Amistad y Neutralidad con la URSS que permitió estabilizar la frontera oriental turca durante varias décadas (Toktaş & Aras, 2009). Esta etapa temprana de entendimiento estratégico, aunque condicionada por la necesidad de seguridad mutua, sería interrumpida bruscamente tras la Segunda Guerra Mundial, cuando Moscú comenzó a

[5] La vinculación de Turquía con el Cáucaso se basa en factores geoestratégicos e históricos, destacando sus lazos étnico-lingüísticos con Azerbaiyán y su interés en la estabilidad regional.

reclamar la revisión de fronteras y codominio sobre los estrechos, alimentando una desconfianza estructural que marcaría el inicio de un largo distanciamiento (Gönlübol et al., 1992).

Con el inicio de la Guerra Fría, Turquía se alineó firmemente con Occidente. Su ingreso en la OTAN en 1952 consolidó su función como "guardafronteras" del flanco sureste de la Alianza (Lesser, 2011), desplazando al Cáucaso como prioridad diplomática a favor de la integración euroatlántica (Öniş & Yılmaz, 2009). Este compromiso redujo la atención hacia Georgia, Armenia y Azerbaiyán, que permanecieron relegados en la política exterior, salvo en lo simbólico por la afinidad religiosa y étnica con comunidades turcófonas centrasiáticas (Kirişci, 2006).

## 2. Reajuste tras la Guerra Fría: energía, identidad y nuevos aliados

El colapso de la Unión Soviética en 1991 generó una coyuntura crítica para la política exterior de Turquía, que se reactivó tras décadas de pasividad respecto al Cáucaso. Según Altunışık y Martin (2011), Ankara identificó en la desintegración soviética una ventana de oportunidad para proyectar influencia en su vecindad oriental, especialmente en los nuevos Estados turcófonos. Turquía fue uno de los primeros países en reconocer la independencia de Azerbaiyán, Georgia y Armenia, y rápidamente estableció relaciones diplomáticas con los tres.

No obstante, la evolución de los vínculos bilaterales fue dispar. Con Georgia, Ankara cultivó una relación estable y funcional. El respaldo a las reformas políticas del gobierno de Shevardnadze y, posteriormente, a la orientación prooccidental de Saakashvili reflejó un interés por consolidar un corredor seguro para el tránsito energético y comercial. El apoyo turco al oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhan (BTC), inaugurado en 2006, fue un claro ejemplo de cómo los intereses económicos y estratégicos guiaban la proyección turca en el Cáucaso (Winrow, 2009).

Con Armenia, el conflicto de Nagorno Karabaj se convirtió en un obstáculo estructural. Tras la ocupación del distrito de Kalbajar en 1993 por fuerzas armenias, Turquía cerró su frontera con Armenia como gesto de apoyo a Azerbaiyán, y desde entonces ha

condicionado cualquier normalización bilateral al respeto de la integridad territorial de Bakú (International Crisis Group, 2009). Esta postura ha limitado las opciones de mediación regional de Ankara y ha reforzado su alineamiento con Azerbaiyán, impidiendo que se configure como un actor neutral en el conflicto.

Como sostiene Cornell (2001), la estrategia turca en el Cáucaso desde los años noventa ha estado dominada por un doble eje: el energético y el identitario. Con Azerbaiyán, este enfoque se tradujo en una asociación estratégica que combinaba afinidad lingüística y cultural con intereses geopolíticos compartidos. La fórmula "una nación, dos Estados", popularizada por Heydar Aliyev, sintetizó esta relación privilegiada que ha perdurado y se ha intensificado con el tiempo.

Durante esta etapa, Turquía ofreció apoyo técnico y militar a Azerbaiyán, favoreció su integración regional y promovió proyectos de interconectividad energética como el gasoducto Bakú-Tiflis-Erzurum (BTE), que complementaba el BTC (Çandar, 2009). Estas infraestructuras consolidaron el papel de Turquía como eje de tránsito energético entre el Caspio y Europa, reduciendo la dependencia occidental de las rutas rusas y reforzando su estatus como puente euroasiático.

## 3. El AKP y la activación regional: diplomacia y liderazgo

Con la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002, la política exterior turca experimentó una reconfiguración doctrinal. Ahmet Davutoğlu, arquitecto de la nueva orientación, propuso un enfoque multidimensional, basado en la historia compartida, la vecindad geográfica y la interdependencia regional (Davutoğlu, 2008). En este marco, el Cáucaso pasó a ser concebido no solo como una periferia estratégica, sino como parte integral del espacio geopolítico en el que Turquía debía ejercer influencia activa.

Este nuevo enfoque se tradujo en un renovado activismo diplomático. Turquía asumió un papel facilitador en el diálogo entre los Estados del Cáucaso, promovió proyectos de interconectividad y trató de equilibrar su alineamiento atlántico con una mayor autonomía regional. Según Aydın (2004), este giro se reflejó en la adopción de mecanismos de *soft*

*power*, en un mayor uso de la diplomacia económica y en intentos de normalización con actores antes marginados, como Armenia.

En el marco de la política de "cero problemas con los vecinos", el gobierno del AKP emprendió entre 2008 y 2010 un ambicioso intento de reconciliación con Armenia, conocido como el "proceso de Zúrich". Esta iniciativa fue interpretada por diversos analistas como un esfuerzo por redefinir el rol de Turquía en el Cáucaso, y por romper con las limitaciones impuestas por el conflicto de Nagorno Karabaj (Freizer, 2009). La apertura se inició simbólicamente con la visita del presidente Abdullah Gül a Ereván en septiembre de 2008, en el marco de un partido de clasificación de la selección turca de fútbol, y fue continuada por una serie de negociaciones diplomáticas auspiciadas por Suiza.

Como explican Giragosian y Ziemele (2009), los protocolos firmados en octubre de 2009 en Zúrich preveían el restablecimiento de relaciones diplomáticas y la apertura de fronteras, congeladas desde 1993. También se contemplaba la creación de una comisión mixta de historiadores para abordar el espinoso tema del genocidio armenio de 1915, con el objetivo de generar un espacio técnico de análisis que evitara la politización inmediata del debate.

Sin embargo, el proceso se vio rápidamente envuelto en una dinámica de polarización. En Turquía, el AKP fue criticado tanto por sectores nacionalistas como por parte de la diáspora azerí, que percibían el acercamiento como una traición a los compromisos históricos con Bakú. En Armenia, las fuerzas opositoras y parte de la sociedad civil rechazaron los protocolos al considerar que diluían la responsabilidad histórica turca sobre el genocidio y subordinaban los intereses nacionales al pragmatismo geopolítico (Ter-Matevosyan, 2011).

Además, Azerbaiyán reaccionó con dureza al proceso, interpretando que sus intereses eran ignorados. El gobierno azerí mostró su malestar por no haber sido consultado previamente y por el aparente desacoplamiento entre la normalización turco-armenia y la resolución del conflicto de Karabaj. Como resultado, se produjeron tensiones bilaterales entre Turquía y Azerbaiyán, que incluyeron amenazas de revisión de los contratos energéticos y críticas públicas desde Bakú (Roberts & Socor, 2010).

Finalmente, en abril de 2010, el presidente armenio Serzh Sargsyan suspendió formalmente el proceso de ratificación de los protocolos, argumentando la falta de voluntad política por parte de Ankara y las presiones externas que minaban la credibilidad del proceso. Este desenlace evidenció los límites de la diplomacia turca en un entorno marcado por conflictos de larga duración y por fuertes condicionamientos domésticos y regionales.

Como concluye Cornell (2011), el fracaso del proceso de Zúrich reflejó la incapacidad de Turquía para actuar como un mediador imparcial en el Cáucaso, así como la persistencia de un enfoque condicionalista en su política hacia Armenia. Aunque la diplomacia pública y la retórica del *soft power* se intensificaron durante este periodo, la política exterior turca no logró generar la confianza necesaria para un deshielo estructural con Ereván.

Mientras el proceso de acercamiento con Armenia se estancaba, Turquía redobló sus esfuerzos para consolidar su relación estratégica con Azerbaiyán. En 2010, ambos países firmaron el Acuerdo de Asociación Estratégica y Asistencia Mutua, que institucionalizaba la cooperación bilateral en materia de defensa y seguridad. Este pacto fue acompañado por la creación del Consejo de Cooperación Estratégica de Alto Nivel, encargado de coordinar las relaciones políticas, económicas, militares y culturales entre ambos gobiernos (Kardas, 2011).

Desde una perspectiva geopolítica, este acercamiento no solo respondía a afinidades culturales e históricas –como resume la conocida expresión "una nación, dos Estados"–, sino también a intereses concretos vinculados al control de los flujos energéticos. La posición de Turquía como corredor para el petróleo y gas del Caspio hacia Europa reforzó su papel como socio esencial para Bakú. Así, el oleoducto Bakú-Tiflis-Ceyhán (BTC) y el gasoducto Bakú-Tiflis-Erzurum (BTE) fueron ampliados con nuevos proyectos, como el gasoducto Transanatolio (TANAP), inaugurado en 2018, que consolidó la red energética entre ambos países y su proyección hacia el mercado europeo (Çelikpala, 2013).

En términos políticos, Turquía reforzó su apoyo explícito a la integridad territorial de Azerbaiyán. Como señala Balcı (2015), Ankara convirtió el conflicto de Karabaj en un asunto de política exterior prioritaria, al tiempo que estrechaba los vínculos militares.

Turquía proporcionó entrenamiento a las fuerzas armadas azeríes, fomentó la interoperabilidad con estándares de la OTAN y participó en ejercicios conjuntos en territorio azerí. Esta dimensión militar, hasta entonces secundaria, adquirió especial protagonismo tras el fracaso del proceso de Zúrich y el deterioro de las relaciones con Armenia.

En el caso de Georgia, la política exterior turca se centró en la cooperación económica y en el apoyo técnico-institucional, evitando interferencias políticas que pudieran tensionar su relación con Rusia. Desde el inicio de la década de 2010, Ankara intensificó sus inversiones en infraestructuras, transporte y energía, convirtiéndose en uno de los principales socios comerciales de Tiflis. Además, el desarrollo del ferrocarril Bakú-Tiflis-Kars (BTK), inaugurado en 2017, reforzó la integración logística entre los tres países y facilitó una nueva conexión intercontinental desde China hasta Europa, dentro del marco de la iniciativa de la Ruta de la Seda promovida por China (Valiyev, 2013).

A pesar de esta cooperación, Turquía mantuvo una postura prudente respecto a la ampliación de la OTAN. Aunque formalmente apoyaba las aspiraciones euroatlánticas de Georgia, evitó un respaldo explícito a su adhesión inmediata, consciente de que ello podría provocar una escalada con Moscú. Según Kirişci (2016), esta estrategia refleja la voluntad de Ankara de equilibrar su lealtad a la Alianza Atlántica con una gestión pragmática de su vecindad post-soviética, donde Rusia sigue siendo un actor dominante.

Durante esta etapa, la política exterior turca hacia el Cáucaso mostró una madurez creciente: reforzó su rol como corredor energético, consolidó alianzas estratégicas bilaterales y gestionó con cautela su inserción en las dinámicas regionales. No obstante, los desafíos estructurales, como el conflicto no resuelto en Nagorno Karabaj y la falta de confianza con Armenia, siguieron limitando su proyección como potencia estabilizadora regional.

## 4. Conflicto y consolidación: la guerra de 2020 y la hegemonía turco-azerí

El estallido de la segunda guerra de Nagorno Karabaj en septiembre de 2020 representó un punto de inflexión para la proyección regional de Turquía en el Cáucaso. A diferencia del

conflicto de los años noventa, esta vez Ankara adoptó un papel protagónico, alineándose de forma explícita y operativa con Azerbaiyán. Según Şahin (2021), la implicación turca fue determinante para el desenlace militar, al proporcionar sistemas de armamento avanzado –como los drones Bayraktar TB2–, así como entrenamiento táctico y asesoramiento militar directo a las fuerzas azeríes.

La doctrina de guerra aérea no tripulada, desarrollada por Turquía durante la última década, demostró una eficacia notable en el terreno, facilitando el avance rápido de las tropas azeríes y la recuperación de territorios ocupados desde el alto el fuego de 1994. La victoria militar se tradujo en una consolidación geoestratégica del eje Ankara-Bakú, mientras que Armenia sufrió un revés diplomático, territorial y moral de gran magnitud. Como recoge Mehdiyev (2021), el acuerdo de alto el fuego mediado por Rusia el 10 de noviembre de 2020 incorporó importantes concesiones por parte de Ereván, entre ellas la retirada de sus fuerzas de varias regiones adyacentes a Karabaj.

Desde la óptica turca, esta guerra supuso una victoria estratégica que reforzó sus credenciales como potencia regional y aliada fiable en el espacio postsoviético. El conflicto permitió a Ankara proyectar una imagen de liderazgo militar y político, a la vez que abría nuevas posibilidades de conexión terrestre hacia Asia Central. En particular, la posibilidad de habilitar un corredor que conecte el enclave azerí de Najicheván con Azerbaiyán oriental a través del sur de Armenia –el llamado "corredor de Zangezur"– se convirtió en una prioridad geoestratégica para Ankara (Valiyev, 2021).

Este proyecto implicaría una reconfiguración significativa de las rutas de transporte euroasiáticas, otorgando a Turquía un acceso terrestre directo a la región del Caspio sin atravesar territorio iraní o ruso. Aunque su implementación se ha enfrentado a resistencias armenias e incertidumbres logísticas, Ankara ha insistido en su viabilidad y lo ha vinculado explícitamente al cumplimiento del acuerdo de noviembre de 2020.

Simultáneamente, la Declaración de Shusha, firmada en junio de 2021 por Recep Tayyip Erdoğan e Ilham Aliyev, elevó el nivel de asociación bilateral entre Turquía y Azerbaiyán al rango de alianza estratégica formal. El documento incluye compromisos en materia de

defensa mutua, cooperación en seguridad, armonización de políticas exteriores y colaboración cultural y educativa. Como apunta Balcı (2022), esta declaración consagró el alineamiento geopolítico de ambos países y formalizó una estructura de integración regional inédita en el sur del Cáucaso.

En el ámbito militar, Turquía ha incrementado su presencia directa en la región, participando en ejercicios conjuntos, ofreciendo programas de formación a oficiales azeríes y promoviendo la estandarización del ejército de Azerbaiyán conforme a los parámetros de la OTAN. Estos movimientos no solo consolidan la influencia turca en Bakú, sino que envían un mensaje claro a otros actores regionales, en especial a Rusia e Irán, sobre el nuevo equilibrio de poder en el sur caucásico.

La guerra también agravó el distanciamiento con Armenia, cuyas autoridades consideraron a Turquía como actor beligerante. Las relaciones bilaterales, que ya se encontraban bloqueadas, sufrieron un nuevo deterioro. En el ámbito interno, el gobierno de Nikol Pashinyan quedó profundamente debilitado tras la derrota, lo que dificultó cualquier avance en las tentativas de reconciliación con Ankara (Ghazaryan, 2021). La cuestión del genocidio de 1915, junto con la negativa de Turquía a abrir su frontera y sus exigencias respecto a Karabaj, siguió actuando como una barrera estructural para la normalización.

Desde la firma del alto el fuego en noviembre de 2020, Turquía ha buscado consolidar su posición como actor estructural en el sur del Cáucaso, reforzando su alianza con Azerbaiyán e intentando, con cautela, reactivar canales diplomáticos con Armenia. El 1 de enero de 2022 se anunció la designación de enviados especiales por parte de Ankara y Ereván para entablar un diálogo formal. Estos contactos, celebrados en Moscú y Viena bajo auspicio internacional, generaron expectativas moderadas sobre una posible normalización de relaciones bilaterales (Ghazaryan, 2022).

Sin embargo, el proceso se ha mantenido en un plano exploratorio y sin avances tangibles. Como señalan Ayvazyan y Duman (2023), Turquía ha condicionado cualquier apertura de frontera o establecimiento de relaciones diplomáticas a progresos concretos en la agenda azerí, incluyendo la apertura del corredor de Zangezur y el reconocimiento de la soberanía

de Bakú sobre Nagorno Karabaj. Esta postura refleja una continuidad en la lógica de subordinación de la política turca hacia Armenia a los intereses estratégicos de Azerbaiyán.

En paralelo, las autoridades turcas han mantenido una narrativa firme contra las iniciativas armenias de internacionalización del genocidio de 1915. En 2023, tras nuevas resoluciones aprobadas por el Parlamento armenio solicitando el reconocimiento internacional de dicho genocidio, Ankara reiteró su rechazo frontal, calificándolas de "obstáculo político deliberado" (Oran, 2023). Esta tensión discursiva se suma al conjunto de factores que dificultan la reconciliación.

La guerra de Ucrania, iniciada en febrero de 2022, ha alterado profundamente el equilibrio de poder en el espacio postsoviético. Para Turquía, el debilitamiento relativo de la influencia rusa ha representado una oportunidad para ampliar su margen de maniobra en el Cáucaso, sin abandonar por ello su política de equidistancia respecto a Moscú. Como argumenta Kirişci (2023), Ankara ha seguido una estrategia dual: por un lado, ha condenado la invasión rusa y reforzado su cooperación energética con Europa y Azerbaiyán; por otro, ha evitado sanciones directas a Rusia y ha preservado sus canales diplomáticos con el Kremlin.

En este contexto, la asociación energética con Bakú ha cobrado un nuevo impulso. En 2023 se firmaron acuerdos adicionales para aumentar el volumen de gas transportado por el TANAP, y se proyectaron nuevas conexiones eléctricas entre Turquía y el mar Caspio. Estos movimientos consolidan el papel de Ankara como nodo energético clave en la arquitectura de seguridad europea (Çelikpala, 2023).

La relación con Georgia también se ha visto beneficiada por esta coyuntura. Turquía ha incrementado sus inversiones en infraestructuras de transporte y logística, y ha promovido la expansión del puerto georgiano de Batumi como punto de tránsito hacia Europa. No obstante, Ankara ha seguido evitando un apoyo explícito a la candidatura georgiana a la OTAN, manteniéndose en una línea de prudencia para no tensionar innecesariamente su relación con Moscú (Winrow, 2022).

En conjunto, el periodo 2021–2025 confirma la consolidación de Turquía como potencia regional en el sur del Cáucaso, con una influencia creciente sustentada en la energía, la seguridad y la afinidad cultural. Si bien el proceso de normalización con Armenia permanece estancado, la alianza con Azerbaiyán se ha institucionalizado, y la cooperación con Georgia ha alcanzado un alto grado de madurez. A futuro, el reto de Ankara será gestionar esta proyección sin erosionar el frágil equilibrio regional ni entorpecer sus relaciones con las potencias euroasiáticas.

# CAPÍTULO V: LA POLÍTICA EXTERIOR E INFLUENCIA DE TURQUÍA EN ASIA CENTRAL

## 1. De la distancia al reconocimiento: raíces y primeros contactos (1923–1991)

A lo largo del último siglo, Asia Central ha ido cobrando relevancia para la política exterior de Turquía[6], especialmente tras la desintegración de la URSS. Inicialmente, la República fundada en 1923 centró su mirada hacia Occidente, impulsando el laicismo y la soberanía nacional, y dejando de lado cualquier proyecto de inspiración panturquista que promoviera una unión con los pueblos túrquicos (Krzyżanowska, 2024). Atatürk rechazó de forma explícita ese expansionismo, buscando mantener relaciones estables con la Unión Soviética, potencia dominante de la región (Krzyżanowska, 2024).

Hacia los años 1960 y 1970, Asia Central seguía inserta en la URSS, sin posibilidad de relaciones bilaterales con Turquía, lo que reducía los vínculos a asuntos culturales o lingüísticos sin impacto diplomático real. En este periodo, como concluye Krzyżanowska (2024), "no hubo espacio para la proyección turca" más allá de referencias simbólicas.

La ruptura del bloque soviético en 1991 representó un punto de inflexión. Turquía fue uno de los primeros Estados en reconocer la independencia de las ex repúblicas centroasiáticas –Kazajistán (16 de diciembre de 1991), Uzbekistán, Turkmenistán, Kirguistán y Tayikistán–, estableciendo relaciones diplomáticas formales desde 1992 (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.). Esta inmediata acción diplomática demuestra el interés estratégico de Ankara por consolidar su influencia en la región desde el inicio de la pos-Guerra Fría. Según varios análisis, esa estrategia inicial combinó elementos de *soft power* y regionalismo, enmarcados en un discurso paneuropeo y cultural que apuntaba a reforzar el rol turco en Eurasia.

En marzo de 1992, probablemente impulsado por este afán, se celebró en Ankara la primera Cumbre de Estados de Lengua Turca con líderes de las cinco repúblicas y Azerbaiyán. Un año después, en 1993, se fundó TÜRKSOY, la Organización Internacional

[6] Los vínculos entre Turquía y Asia Central se sustentan en afinidades étnicas, lingüísticas y culturales con los pueblos túrquicos de la región, reforzadas tras la desintegración de la Unión Soviética.

de la Cultura Turca, para fomentar los lazos culturales, dinámicas que reforzaron los elementos identitarios compartidos (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.).

La década de 1990 inició con entusiasmo, pero pronto se descubrieron limitaciones estructurales y geopolíticas. Turquía ofreció miles de becas, acuerdos educativos y líneas de crédito para el desarrollo. Sin embargo, la debilidad económica del país y la persistente influencia rusa en Asia Central frenaron toda intención de liderazgo regional absoluto. Como señala Erşen (2020), Ankara "sobreestimó inicialmente su papel como eje del mundo túrquico", y desde mediados de esa década adoptó una estrategia más pragmática centrada en infraestructura, comercio e inversión, evitando desafiar directamente a Moscú.

## 2. Estrategia del AKP: pan-turquismo pragmático y multilateralismo (2002–2020)

La llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002 marcó un punto de inflexión doctrinal. Ahmet Davutoğlu, asesor de política exterior y posteriormente ministro, introdujo la noción de "profundidad estratégica", donde Turquía debía proyectarse como un actor central en múltiples regiones vecinas, incluidas Asia Central y el mundo túrquico (Davutoğlu, 2001). Esta visión renovó el interés institucional en la región, promoviendo una política exterior más activa, estructurada en torno a identidades compartidas, pero guiada por intereses pragmáticos (Çandar, 2009).

Fruto de este enfoque fue la creación del Consejo de Cooperación de los Estados de Habla Turca, también conocido como Consejo Túrquico, establecido oficialmente en 2009 en Najicheván con la participación inicial de Turquía, Kazajistán, Kirguistán y Azerbaiyán (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.). Esta institución representó el paso de un pan-turquismo simbólico a una arquitectura multilateral funcional, que ha ido ganando peso progresivamente como marco de integración regional (Valiyev, 2013).

En el plano bilateral, Turquía estrechó sus lazos especialmente con Kazajistán y Kirguistán. En octubre de 2009 se firmó un Acuerdo de Asociación Estratégica con Kazajistán (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, 2022), y en 2011 se creó con Kirguistán el Consejo Estratégico de Alto Nivel (High-Level Strategic Cooperation Council),

institucionalizando el diálogo político y económico entre ambos gobiernos (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, 2015; TRT World, 2024). En cambio, los avances con Uzbekistán fueron más cautelosos debido a la política aislacionista del entonces presidente Islam Karimov, aunque sí se firmó en 2005 un Tratado de Amistad y Cooperación (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.).

Durante esta década, las relaciones comerciales se intensificaron de manera constante. En 2010, el volumen de comercio entre Turquía y Kazajistán superó los 3.000 millones de dólares, mientras que con Uzbekistán alcanzó los 1.500 millones (Valiyev, 2013). Empresas constructoras turcas desempeñaron un papel fundamental, especialmente en el sector de infraestructuras, adjudicándose contratos por más de 15.000 millones de dólares en Kazajistán, lo que consolidó la presencia económica turca en la región (Valiyev, 2013).

En el ámbito energético, Ankara trató de promover el corredor transcaspiano como vía alternativa al tránsito por Rusia. Aunque este proyecto no se materializó por la oposición de Irán y la falta de consenso entre los países ribereños del Caspio, sentó precedentes importantes para la posterior articulación de rutas energéticas euroasiáticas, como TANAP o BTC (Çandar, 2009).

En paralelo al fortalecimiento de sus vínculos económicos y diplomáticos, Turquía desarrolló una política de poder blando orientada a consolidar una base simbólica y social para su presencia en Asia Central. Una de las herramientas clave en este proceso fue la educación. Desde principios de los años noventa, Ankara ofreció miles de becas universitarias a estudiantes centroasiáticos, estrategia que se amplió con la llegada del AKP. Entre 2002 y 2010, más de 25.000 jóvenes de Asia Central cursaron estudios superiores en universidades turcas, reforzando la afinidad con las élites emergentes de estos países (Krzyżanowska, 2024).

Asimismo, se impulsaron proyectos educativos binacionales. Uno de los ejemplos más emblemáticos es la Universidad Internacional Ahmet Yesevi, fundada en 1993 en la ciudad de Turkistán (Kazajistán), financiada conjuntamente por los gobiernos kazajo y turco. Esta

institución se convirtió en un referente académico del mundo turcófono, promoviendo una narrativa común de herencia histórica compartida (Yesevi Üniversitesi, s.f.).

A partir de 2009, los centros culturales Yunus Emre comenzaron a operar en varios países de Asia Central, como Uzbekistán, Kazajistán y Kirguistán. Estas instituciones tienen como objetivo la enseñanza del idioma turco, la promoción de actividades culturales y la difusión del patrimonio otomano y túrquico. Según Niemiec (2024), este despliegue ha sido esencial para "fijar una presencia duradera en el imaginario colectivo" de las sociedades centroasiáticas, mediante una diplomacia cultural no coercitiva pero muy efectiva.

En términos comunicacionales, Turquía también ha proyectado influencia a través de canales de televisión, medios digitales y contenidos audiovisuales exportados a la región. Las telenovelas turcas, por ejemplo, gozan de una amplia audiencia en países como Uzbekistán y Kazajistán, favoreciendo una representación positiva de Turquía como país moderno, musulmán y económicamente dinámico (Çelikpala, 2013).

La conjunción de estas estrategias de poder blando con la cooperación económica y la afinidad identitaria ha consolidado el rol de Turquía como un actor relevante en Asia Central, aunque siempre evitando una confrontación directa con otros actores clave como Rusia o China. Como advierte Valiyev (2013), la política turca ha sabido combinar sus aspiraciones de liderazgo regional con un enfoque realista, capaz de adaptarse a las limitaciones estructurales del sistema internacional.

## 3. Consolidación geopolítica en el nuevo escenario euroasiático (2021–2025)

El periodo comprendido entre 2021 y 2025 ha estado marcado por importantes reconfiguraciones geopolíticas que han ampliado el margen de maniobra de Turquía en Asia Central. La invasión rusa de Ucrania en febrero de 2022 alteró drásticamente el equilibrio de poder en el espacio postsoviético. Como sostiene Valiyev (2023), la creciente desconfianza de las repúblicas centroasiáticas hacia Moscú abrió una ventana de oportunidad para Ankara, que supo presentarse como un socio fiable, culturalmente próximo y políticamente menos intrusivo.

Turquía adoptó una postura de neutralidad activa: condenó la invasión y reafirmó su compromiso con la integridad territorial de Ucrania, pero evitó aplicar sanciones a Rusia, manteniendo abiertos los canales de diálogo con todas las partes. Esta ambivalencia fue valorada positivamente en las capitales centroasiáticas, donde predomina una política exterior basada en el no alineamiento flexible (Krzyżanowska, 2024).

Uno de los desarrollos más relevantes fue el relanzamiento de la cooperación energética con Turkmenistán. En febrero de 2025, Turquía y Asjabad firmaron un acuerdo histórico para la futura exportación de gas natural turkmeno a través del proyectado gasoducto transcaspiano, conectando con la infraestructura de TANAP en Azerbaiyán. Este acuerdo –largamente postergado por disputas legales en el Caspio y resistencias de Irán y Rusia– fue descrito por el Caspian Policy Center (2025) como un "cambio estructural" en el mapa energético euroasiático.

Simultáneamente, Turquía redobló su apuesta por el denominado Middle Corridor (Corredor Medio), que conecta China con Europa pasando por Asia Central, el mar Caspio, el Cáucaso y Anatolia. Esta ruta de transporte se ha convertido en una alternativa estratégica frente a los corredores septentrionales que cruzan Rusia. Ankara ha invertido en la modernización del ferrocarril Bakú–Tiflis–Kars, la ampliación del puerto de Mersin y en la digitalización aduanera para facilitar el tránsito de mercancías (Çelikpala, 2023).

Además, se han fortalecido las relaciones bilaterales con los países más relevantes del espacio túrquico. En mayo de 2022, el presidente kazajo Kassym-Jomart Tokáyev realizó una visita de Estado a Ankara, donde se firmó un memorando de entendimiento sobre cooperación en sectores estratégicos como la energía nuclear, la agricultura sostenible y la industria de defensa (Anadolu Agency, 2022). Por su parte, Uzbekistán acogió a Recep Tayyip Erdoğan en Samarcanda durante la cumbre del Consejo Túrquico de 2023, subrayando el rol compartido de liderazgo regional que Taskent y Ankara aspiran a consolidar (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.).

El fortalecimiento del Consejo de Cooperación de los Estados de Lengua Turca ha sido una de las expresiones institucionales más significativas del creciente protagonismo regional

de Turquía. Rebautizado oficialmente como Organización de Estados Turcos (OET) en 2021, este organismo ha ampliado sus ámbitos de actuación más allá de lo cultural, incorporando agendas económicas, tecnológicas, de seguridad y de integración infraestructural. En la cumbre celebrada en Astaná en 2023, se firmó el Acta de Astaná, que prevé la armonización progresiva de políticas comerciales, la creación de corredores económicos comunes y la designación de Estambul y Astaná como polos financieros del espacio túrquico (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.).

Junto con estas iniciativas, se establecieron compromisos en materia de seguridad cooperativa. En particular, se impulsaron ejercicios conjuntos de contraterrorismo, defensa civil y vigilancia de fronteras. Aunque el componente militar aún era incipiente, esta dimensión refleja la intención de avanzar hacia una arquitectura regional de seguridad no formalizada pero funcional, en la que Turquía ejerce un claro liderazgo, especialmente en los últimos años de integración con los Estados túrquicos (Outzen, 2023).

En este marco, la relación con Kirguistán se ha mantenido estable y cooperativa. En 2022 y 2023, los presidentes Sadyr Japarov y Recep Tayyip Erdoğan se reunieron en varias ocasiones, destacando acuerdos en áreas como la energía hidroeléctrica, el turismo sostenible y la cooperación educativa (Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía, s.f.). Turquía ha financiado proyectos de infraestructura y ha contribuido al equipamiento de servicios básicos en zonas rurales, reforzando su imagen de socio confiable y no intervencionista.

Más compleja ha sido la interacción con Tayikistán. Aunque este país no forma parte del espacio lingüístico túrquico, Ankara ha intentado establecer vínculos pragmáticos con Dusambé. En 2023 se iniciaron conversaciones para otorgar a Tayikistán el estatus de observador en la Organización de Estados Turcos, lo cual evidencia la vocación expansiva del bloque. La presencia de Hungría como país observador desde 2018 ya había anticipado la posibilidad de ampliaciones más allá del criterio lingüístico (Krzyżanowska, 2024).

A cierre de 2025, Turquía ha consolidado su posición en Asia Central como un actor influyente, con una estrategia estructurada basada en cuatro pilares: cooperación

económica, afinidad cultural, redes educativas y conectividad energética. Kazajistán y Uzbekistán destacan como los socios más relevantes, tanto por su peso demográfico como por su potencial económico. Kirguistán representa un aliado menor pero estable. Turkmenistán, tradicionalmente neutral, ha dado pasos significativos hacia la cooperación energética. Tayikistán, pese a sus diferencias culturales, aparece progresivamente en el radar diplomático turco.

Como concluye Krzyżanowska (2024), Turquía ha pasado en tres décadas de formular aspiraciones turanistas imprecisas a construir una presencia concreta y respetada en Asia Central. La combinación de herramientas de poder blando, ambición económica y diplomacia identitaria ha dotado a Turquía de un perfil diferenciado, percibido en muchos casos como complementario al de las grandes potencias presentes en la región. Si bien existen diferencias marcadas entre los cinco Estados centroasiáticos en cuanto a receptividad, orientación internacional y prioridades estratégicas, Ankara ha logrado establecer canales de cooperación estables y, en algunos casos, crecientemente institucionalizados.

Las dinámicas más recientes, especialmente tras la guerra en Ucrania y el debilitamiento relativo de la proyección rusa, parecen haber abierto nuevas ventanas de oportunidad para Turquía. La consolidación de la Organización de Estados Turcos y la diversificación de los vínculos económicos y energéticos sugieren una voluntad sostenida de estructurar un espacio de influencia propio, basado en la confluencia de intereses y afinidades. Más allá de las limitaciones estructurales y los desafíos latentes, el despliegue turco en Asia Central sigue evolucionando como una de las dimensiones clave de su estrategia de proyección regional.

# CONCLUSIONES

La evolución de la política exterior de Turquía entre 1923 y 2025 constituye una trayectoria rica en matices, que articula de forma compleja y no siempre lineal elementos de continuidad y ruptura, ambiciones de liderazgo y condicionamientos estructurales, pulsiones identitarias y necesidades geoestratégicas. Este trabajo ha permitido trazar esa trayectoria bajo una mirada global y sistemática, que da cuenta de los factores que han condicionado la acción exterior del país a lo largo de un siglo.

Este enfoque ha resultado especialmente útil para responder a los interrogantes planteados en la etapa inicial del análisis, en torno a las lógicas estratégicas que han guiado la proyección internacional de Turquía y a su capacidad para posicionarse como actor autónomo en distintos escenarios regionales. A través de una metodología cualitativa y comparativa, centrada en el estudio documental, se ha podido observar cómo decisiones políticas, variables institucionales y discursos identitarios han confluido en diferentes grados según el contexto.

La fundación de la República en 1923, bajo la dirección de Mustafa Kemal Atatürk, marcó el punto de partida de una política exterior profundamente condicionada por el deseo de consolidación interna. Frente al legado imperial otomano, se impuso un proyecto nacional basado en la modernización, la secularización y la occidentalización, que buscó alejar al nuevo Estado turco de los conflictos internacionales y establecer una diplomacia de mínimos riesgos. En ese contexto, la política exterior kemalista no solo estuvo guiada por la máxima de "paz en casa, paz en el mundo", sino que respondió también a una lógica realista que priorizó la seguridad de las fronteras, la no intervención y el respeto del *statu quo* regional. Esta etapa fundacional consolidó un paradigma que, con variaciones, perduraría durante décadas: una diplomacia de perfil bajo, compatible con la progresiva inserción de Turquía en el sistema internacional dominado por las potencias occidentales.

Durante la Guerra Fría, ese paradigma se vio reconfigurado por las exigencias del nuevo orden bipolar. La adhesión a la OTAN y la creciente dependencia de Estados Unidos encuadraron a Turquía dentro del bloque occidental, si bien mantuvo ciertos márgenes de

autonomía, especialmente en el marco regional inmediato. A pesar de su integración atlántica, la política exterior turca continuó expresando preocupaciones de seguridad nacional en torno a cuestiones como el contencioso chipriota, las reivindicaciones de las minorías turcas en los Balcanes o la cuestión kurda, que ya entonces comenzaba a perfilarse como uno de los elementos estructurales de su política interior y exterior. El peso de la doctrina kemalista seguía siendo predominante: la proyección internacional de Turquía no respondía aún a una vocación expansiva ni a una ambición de liderazgo regional, sino más bien a una necesidad de estabilidad fronteriza y de reconocimiento en el concierto internacional, en línea con los principios fundacionales de la República.

Fue tras el fin de la Guerra Fría cuando comenzaron a evidenciarse con mayor claridad los primeros indicios de una inflexión sustancial en el planteamiento estratégico de Turquía. La desaparición del bloque soviético abrió nuevas oportunidades de influencia en el espacio postsoviético y en los Balcanes, al tiempo que permitió a Ankara ensayar una diplomacia más activa en su entorno inmediato. El reconocimiento temprano de las repúblicas turcófonas de Asia Central, la revitalización de los lazos culturales e históricos con ciertos países balcánicos y el desarrollo de una política de vecindad pragmática con los países árabes del entorno inmediato constituyeron señales tempranas de una reorientación que, desde entonces, ha ido ganando coherencia y densidad. Este proceso, abordado a través del análisis por regiones en este trabajo, ha puesto de relieve la flexibilidad y capacidad adaptativa de la estrategia turca en diferentes escenarios, respondiendo a coyunturas cambiantes sin perder de vista una narrativa de autonomía creciente.

Este viraje se hizo mucho más evidente con la llegada al poder del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) en 2002 y, especialmente, con la consolidación del liderazgo de Recep Tayyip Erdoğan. Bajo su mandato, la política exterior turca experimentó una transformación doctrinal, discursiva y práctica de gran envergadura, que redefinió prioridades, instrumentos y referentes. En lugar de mantener como ejes rectores la vocación atlantista y europeísta, el nuevo enfoque –basado en la doctrina de la "profundidad estratégica"– apostó por una diplomacia proactiva, multidimensional y con ambiciones de liderazgo regional. Turquía comenzó a ejercer su influencia en múltiples

frentes simultáneamente: promovió foros multilaterales con países túrquicos, amplió su presencia diplomática en África, diversificó alianzas con potencias emergentes y fortaleció los vínculos con comunidades musulmanas o de origen turco en su vecindad.

Esta transformación ha podido ser comprendida con mayor profundidad gracias a la integración de un marco teórico mixto, en el que se combinan elementos del realismo, el constructivismo y el modelo burocrático. Este enfoque ha resultado especialmente eficaz para captar los equilibrios entre intereses materiales, aspiraciones ideológicas y dinámicas institucionales. A través de esta lente se ha puesto en evidencia cómo la política exterior turca ha sido moldeada tanto por condicionantes del sistema internacional como por procesos domésticos, discursos simbólicos y liderazgos personales.

Esta nueva etapa introdujo, además, una dimensión identitaria explícita en la política exterior, que combinaba la recuperación simbólica del legado otomano con la promoción de una comunidad de valores compartidos en el mundo musulmán suní. La resignificación del pasado, junto con una marcada voluntad de autonomía estratégica, otorgó a la política exterior turca una fisonomía diferenciada, en la que confluyen el realismo geopolítico y un activismo ideológico con rasgos propios. En los Balcanes, esto se tradujo en inversiones en infraestructuras, cultura y educación, orientadas a consolidar la imagen de Turquía como potencia protectora y referente de modernización islámica. En Asia Central, el discurso pan-túrquico sirvió de base para fortalecer redes de cooperación. En el Cáucaso, la alianza estratégica con Azerbaiyán se convirtió en un eje central, como demostró la implicación directa en el conflicto de Nagorno-Karabaj en 2020. Y en Oriente Medio, Ankara adoptó una política mucho más activa, alejándose de la neutralidad para intervenir directamente en escenarios como Siria, Irak o Libia, combinando recursos militares con un discurso de liderazgo moral y regional.

No obstante, esta reconfiguración no estuvo exenta de contradicciones y tensiones. La política de "cero problemas con los vecinos" mostró pronto sus limitaciones en un entorno caracterizado por conflictos persistentes, rivalidades regionales y polarización sectaria. Desde las revueltas de la Primavera Árabe, Turquía se implicó de forma creciente en algunos de los focos más inestables del entorno, alineándose con fuerzas islamistas que, en

muchos casos, fueron derrotadas o marginadas por otros actores regionales. Esta estrategia provocó el deterioro de relaciones con actores clave como Egipto, Israel o Arabia Saudí, y generó fricciones con sus socios occidentales. Paralelamente, la concentración del poder político en torno a la figura presidencial y la creciente deriva autoritaria tras el intento de golpe de Estado de 2016 redujeron los márgenes de pluralismo institucional, afectando a la coherencia y previsibilidad de su acción exterior.

En este marco, se ha podido observar cómo la política exterior turca ha oscilado entre una lógica de inserción institucional –especialmente en el marco de la OTAN y las relaciones con la UE– y una estrategia de autonomía pragmática en su entorno inmediato. Esta ambivalencia, lejos de resolverse, ha sido gestionada de forma táctica, permitiendo a Turquía mantener su visibilidad internacional, intervenir en distintas crisis regionales y preservar relaciones múltiples, aunque no siempre estables, con actores contrapuestos.

Esta capacidad de maniobra, junto con una resiliencia institucional relativa y una notable flexibilidad estratégica, permite caracterizar a Turquía como una potencia intermedia de vocación regional, cuya proyección se sustenta tanto en elementos materiales como simbólicos. El análisis desarrollado ha mostrado cómo la tensión entre afirmación soberana e inserción internacional ha constituido un eje constante de su política exterior, modulada según los recursos disponibles, los liderazgos políticos y las ventanas de oportunidad del sistema internacional. En este sentido, puede afirmarse que la política exterior turca ha servido no solo como instrumento de posicionamiento externo, sino también como mecanismo de legitimación interna, especialmente en las etapas más centralizadas del poder.

Asimismo, se ha comprobado que los factores internos –como la evolución del régimen político o los cambios en la configuración ideológica del poder– han influido decisivamente en la orientación de la acción exterior. La progresiva personalización del liderazgo y la instrumentalización simbólica de la política exterior han contribuido a difuminar las fronteras entre lo interno y lo externo, transformando la diplomacia en un vector de afirmación política más que en un espacio de consenso técnico. Por otro lado, las transformaciones del entorno internacional –marcadas por la multipolaridad, el

debilitamiento de las estructuras tradicionales y la creciente competencia regional– han ofrecido a Turquía un margen de acción inédito, aunque también han expuesto sus límites y contradicciones estructurales.

Lejos de una trayectoria lineal, el recorrido estudiado pone de relieve un proceso continuo de redefinición estratégica, en el que se han combinado elementos de herencia y adaptación, de continuidad institucional y ruptura discursiva. La evolución desde una diplomacia de contención hacia una política exterior más expansiva y multidimensional no ha sido homogénea, pero sí estructuralmente coherente con las aspiraciones de autonomía y centralidad que han guiado a las distintas élites dirigentes del país.

Finalmente, a partir de los hallazgos obtenidos, se abren diversas líneas de investigación que permitirían ampliar y profundizar el estudio realizado. En primer lugar, sería pertinente explorar los efectos de las transformaciones demográficas, tecnológicas y medioambientales sobre la definición de prioridades exteriores de Turquía, especialmente en relación con la gestión de recursos, la seguridad alimentaria y las migraciones. En segundo término, un análisis comparativo con otras potencias medias regionales –como Irán, Arabia Saudí o incluso Israel– permitiría contextualizar con mayor precisión las especificidades y similitudes de la estrategia turca. En tercer lugar, cabría estudiar el impacto de la diplomacia digital y la proyección mediática en la construcción de la imagen internacional de Turquía, así como el papel de su diáspora como vector informal de política exterior. Por último, resultaría útil investigar cómo las políticas exteriores turcas se están adaptando a retos globales como la transición energética, el cambio climático o la inteligencia artificial, y en qué medida estos factores están redefiniendo las coordenadas tradicionales de su acción internacional.

Con todo ello, se contribuiría a una comprensión más completa y matizada del papel que Turquía está llamada a desempeñar en un sistema internacional en permanente transformación.

# BIBLIOGRAFÍA

Ahmad, F. (1993). *The Making of Modern Turkey*. London: Routledge.

Allison, G. T. (1971). *Essence of Decision: Explaining the Cuban Missile Crisis*. Boston: Little, Brown.

Altunışık, M. B., & Tür, Ö. (2005). *Turkey: Challenges of Continuity and Change*. London: Routledge.

Anadolu Agency. (2022). *Türkiye-Kazakistan ilişkilerinde yeni dönem.* Anadolu Ajansı. Recuperado de https://www.aa.com.tr/tr/analiz/turkiye-kazakistan-iliskilerinde-yeni-donem/2590139

Anadolu Agency. (2022, 10 de mayo). *Kazakh president's first visit to Türkiye marks new era in bilateral ties.* Anadolu Ajansı. Recuperado de https://www.aa.com.tr/en/asia-pacific/kazakh-presidents-first-visit-to-turkiye-marks-new-era-in-bilateral-ties/2583661

Aras, B. (2009). *Turkey's Rise in the Greater Middle East: Peace-Building in the Periphery*. *Journal of Balkan and Near Eastern Studies*, 11(1), 29–41.

Armaoğlu, F. (1988). *20. Yüzyıl Siyasi Tarihi (1914–1980)*. Ankara: Türkiye İş Bankası Kültür Yayınları.

Aron, R. (1962). *Paix et guerre entre les nations*. París: Calmann-Lévy.

Associated Press. (2024). *Turkey's Erdogan inaugurates a Turkish-funded mosque in Albania's capital.* AP News. Recuperado de https://apnews.com/article/albania-turkey-erdogan-new-mosque-ties-ff1fb947b8769e3b2223f1c300684c46

Ayvazyan, V., & Duman, E. (2023). *Normalization Talks Between Turkey and Armenia: Symbolism or Substance?Caucasus Policy Journal*, 12(2), 45–61.

Aydın, M. (2003). *Turkish Foreign Policy During the Cold War: An Identity Perspective*. In T. Ismael & M. Aydın (Eds.), *Turkey's Foreign Policy in the 21st Century: A Changing Role in World Politics* (pp. 79–95). Aldershot: Ashgate.

Aydın-Düzgit, S., & Keyman, E. F. (2022). *Turkey's New Foreign Policy and its Quest for Autonomy*. London: I.B. Tauris.

Barkey, H. J. (2010). *Turkey emerges as Middle East leader*. Carnegie Endowment for International Peace.

Barkey, H. J. (2011). *Turkish Foreign Policy and the Middle East. CERI Strategy Papers*, (10).

Beaumont, P. (2017). *Turkey demands an end to Qatar blockade as humanitarian crisis deepens*. The Guardian. Recuperado de https://www.theguardian.com/world/2017/jun/10/turkey-erdogan-end-qatar-blockade

Beaumont, P. (2017). *Qatar given 10 days to meet 13 sweeping demands by Saudi Arabia*. The Guardian. Recuperado de https://www.theguardian.com/world/2017/jun/23/close-al-jazeera-saudi-arabia-issues-qatar-with-13-demands-to-end-blockade

Calduch, R. (1993). *Dinámica de la sociedad internacional (cap. 1)*. Madrid: CEURA.

Calduch, R. (2014). *Métodos y técnicas de investigación en relaciones internacionales* (2.ª ed.). Tecnos.

Carley, P. (1995). *Turkey's Role in the Middle East*. Washington, DC: United States Institute of Peace Press.

Caspian Policy Center. (2025). *Turkmen Gas and the Trans-Caspian Pipeline: A New Era in Eurasian Energy*.

Caspian Policy Center. (2025). *Caspian Energy Reimagined: Turkmenistan and Türkiye's Landmark Gas Deal*.

Çağaptay, S. (2017). *The New Sultan: Erdoğan and the crisis of modern Turkey*. I.B. Tauris.

Çaman, M., & Akyurt, A. (2009). *Türkiye'nin bölgesel politikaları: Kültürel ve tarihi bağların dış politika üzerindeki etkisi*. Turkish Journal of International Relations, 10(2), 70–90.

Çandar, C. (2009). *Turkey's soft power strategy: A new vision for a multipolar world*. SETA Policy Brief No. 38. Ankara: SETA Foundation.

Çelikpala, M. (2013). *Energy and security in the South Caucasus: Turkish perspectives and policies*. *Perceptions: Journal of International Affairs*, 18(4), 55–78.

Çelikpala, M. (2013). *Energy and Transport Security in the South Caucasus: The Role of Turkey*. In N. G. Mikhelidze (Ed.), *Regional Security in the South Caucasus: Challenges to Transformation* (pp. 89–107). IAI Research Papers.

Çelikpala, M. (2023). *Rethinking Eurasia: Turkey's Evolving Role in the Middle Corridor*. Istanbul Policy Center.

Çelikpala, M. (2023). *Türkiye-Azerbaycan Enerji İlişkileri ve TANAP'ın Geleceği*. Uluslararası İlişkiler Dergisi, 22(87), 33–52.

Çelikpala, M. (2023). *Türkiye'nin Enerji Jeopolitiği ve Kafkasya'da Yeni Dengeler*. Uluslararası İlişkiler Dergisi, 20(80), 85–104.

Devrim, D. (2011). *La política exterior de Turquía: Entre la tradición kemalista y el neo-otomanismo*. CIDOB d'Afers Internacionals, 94, 65–90.

Devrim, D., & Soler i Lecha, E. (2010). *La política exterior de Turquía: Un actor regional entre el islam y la democracia*. Fundación CIDOB, Documentos de trabajo n.º 4.

Duroselle, J.-B. (1959). *L'Opinion publique et la Politique Étrangère*. In *Les Affaires Étrangères* (pp. 217–220). París: Presses Universitaires de France.

Duroselle, J.-B., & Renouvin, P. (1985). *Introducción a la política internacional*. Buenos Aires: GEL.

Duverger, M. (1972). *Sociología política* (J. de Esteban, Trad., 3.ª ed.). Esplugues de Llobregat: Ariel.

EFE. (2023). *Egipto y Turquía acuerdan mejorar relaciones diplomáticas y reasignar a embajadores*. Swissinfo (Agencia EFE). Recuperado de https://www.swissinfo.ch/spa/egipto-y-turquía-acuerdan-mejorar-relaciones-diplomáticas-y-reasignar-a-embajadores/48550216

Erkoyun, E., & Toksabay, E. (2025). *Turkey's Erdogan meets with Hamas leader, delegation in Ankara*. Reuters. Recuperado de https://www.reuters.com/world/middle-east/turkeys-erdogan-meets-with-hamas-leader-delegation-ankara-2025-01-29/

Erşen, E. (2020). *Geopolitical Codes in Turkish Foreign Policy: The Case of the Turkic World*. Geopolitics, 25(2), 303–324.

Erşen, E. (2024). *Turkey's Strategic Recalibration in the Middle East: From Activism to Pragmatism*. *Middle East Policy*, 31(1), 45–60.

Freizer, S. (2009). *Armenia-Turkey: A thaw in relations? Eurasia Outlook*. International Crisis Group.

Ghazaryan, N. (2021). *Post-war Armenia: Crisis of Foreign Policy and Regional Isolation*. Caucasus Analytical Digest, 118, 2–5.

Ghazaryan, N. (2022). *Prospects of Armenia–Turkey Normalization After the 2020 War*. Friedrich Ebert Stiftung Report.

Ghazaryan, S. (2022). *Armenia–Turkey Normalization Talks: Opportunities and Constraints*. Eurasia Daily Monitor, 19(34), 1–4.

Gönlübol, M., Ülman, H. U., & Sezal, E. (1992). *Olaylarla Türk Dış Politikası: 1919-1990*. Ankara: Siyasal Kitabevi.

Grigoriadis, I. N. (2010). *The Davutoğlu Doctrine and Turkish Foreign Policy*. Documento de trabajo nº 8. Fundación Helénica para Política Europea y Extranjera (ELIAMEP).

Hale, W. (2000). *Turkish Foreign Policy, 1774–2000*. London: Frank Cass.

Halperin, M. H., & Kanter, A. (1985). *Leaders versus bureaucratics*. In R. J. Art & R. Jervis (Eds.), *International Politics: Anarchy, Force, Political Economy, and Decision Making* (pp. 439–450). Boston: Little, Brown & Company.

Harxhi, A. (2017). *Turkey's Strategic Depth in the Balkans: An Imperial Legacy or a Neo-Ottoman Quest? Balkan Studies Review*, 2(1), 24–41.

Harxhi, E. (2017). *An overview of Turkish foreign policy in the Balkans: 1990–2016*. Insight Turkey, 19(1), 33–42.

Holsti, K. J. (1976). *International Politics: A Framework for Analysis* (4.ª ed.). Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

Human Rights Watch. (2018). *Kosovo: Deportation of Turkish nationals violated rights*.

Ibiş, M. (2025). *An analysis of Türkiye's role in the Balkans*. *Strateji Türkiye*, (2), 1–15. Fundación para Estudios Políticos, Económicos y Sociales (SETA).

Ibiş, R. (2025). *Turkish Foreign Policy in the Balkans: A Century of Shifting Strategies*. Ankara: SETA Publications.

International Crisis Group. (2009). *Turkey and Armenia: Opening Minds, Opening Borders*. Europe Report No. 199.

Jervis, R. (1976). *Perception and Misperception in International Politics*. Princeton: Princeton University Press.

Joseph, N. (2004). *Soft Power: The Means to Success in World Politics*. Public Affairs.

Kardas, Ş. (2011). *Turkey-Azerbaijan Relations: One Nation, Two States*. Turkish Policy Quarterly, 10(2), 117–125.

Kaya, A. (2020). *Authoritarianism, Populism and the State of Emergency in Turkey*. Southeast European and Black Sea Studies, 20(1), 35–55.

Keohane, R. O., & Nye, J. S. (1977). *Power and Interdependence: World Politics in Transition*. Little, Brown.

Kerkhove, F. de. (1972). *La nature de l'analyse décisionnelle et sa place dans la théorie des relations*. Études Internationales, 3(4), 491–506.

Keyman, E. F. (2016). *Turkish Foreign Policy in the Post-Arab Spring Era: From Proactive to Buffer State*. Third World Quarterly, 37(12), 2274–2287.

Kirişci, K. (2006). *Turkey's foreign policy in turbulent times*. Chaillot Paper No. 92. Paris: EUISS.

Kirişci, K. (2016). *Turkey and the West: Fault lines in a troubled alliance*. Brookings Institution Policy Brief. Washington, DC: Brookings.

Kirişci, K. (2021). *Turkey's Balancing Act between Russia and the West*. Brookings Institution Policy Brief. Washington, DC: Brookings.

Kirişci, K. (2022). *A Balancing Act: Turkey's Foreign Policy Toward the Caucasus in the Context of the Ukraine War*. Brookings Institution Policy Brief. Washington, DC: Brookings.

Kirişci, K. (2023). *Turkey's Balancing Act After the Ukraine Invasion: Between Russia and the West*. Brookings Turkey Commentary *Series*, 2023/03.

Kissinger, H. A. (1976). *Política exterior americana*. Esplugues de Llobregat: Plaza y Janés.

Krzyżanowska, M. (2024). *Turkey's Rising Influence in Central Asia: From Aspirations to Strategic Partnerships*. Journal of Contemporary Eurasian Studies, 12(1), 45–68.

Krzyżanowska, Z. (2024, 17 de mayo). *On the trail of the grey wolf: Pan-Turkism in Turkey's foreign policy*. OSW Commentary, Centre for Eastern Studies (OSW).

Larrabee, F. S. (2007). *Turkey Rediscovers the Middle East*. Foreign Affairs, 86(4), 103–114.

Lesser, I. O. (2000). *Turkey and the World: A Look at Ankara's Foreign Policy*. RAND Corporation.

Lesser, I. O. (2011). *Turkey, the United States and the Delusion of Geopolitics*. Survival, 52(4), 83–96.

Mango, A. (1999). *Atatürk: The Founder of Modern Turkey*. John Murray.

Medina, M. (1973). *La teoría de las relaciones internacionales*. Madrid: Seminarios y Ediciones.

Mehdiyev, F. (2021). *The Second Karabakh War and the Turkish-Azerbaijani Alliance*. Caucasus Survey, 9(2), 181–200.

Merle, M. (1985). *Forces et enjeux dans les relations internationales*. París: Économica.

Ministerio de Asuntos Exteriores de Turquía. (s.f.). Recuperado de https://www.mfa.gov.tr

Moravcsik, A. (1997). *Taking Preferences Seriously: A Liberal Theory of International Politics*. International Organization, 51(4), 513–553.

Morgenthau, H. J. (1948). *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*. New York: Alfred A. Knopf.

Mutluer-Bac, M., & Gursoy, Y. (2009). *The Future of Turkish Foreign Policy*. Journal of Balkan and Near Eastern Studies, 11(3), 263–276.

Niemiec, J. (2024). *Preserving Common Ties: Turkey's Public Diplomacy in Central Asia*. Annales Universitatis Mariae Curie-Skłodowska, IX(M), 241–262.

Novikova, G. (2011). *Turkey's South Caucasus Policy: Motivations and Limitations*. Caucasus Analytical Digest, 30, 2–6.

Öniş, Z., & Yılmaz, Ş. (2009). *Between Europeanization and Euro-Asianism: Foreign Policy Activism in Turkey during the AKP Era*. Turkish Studies, 10(1), 7–24.

Onuf, N. (1989). *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*. University of South Carolina Press.

Oran, B. (2010). *Türk Dış Politikası, Kurtuluş Savaşından Bugüne Olgular, Belgeler, Yorumlar* (Vol. 1). İstanbul: İletişim Yayınları.

Oran, B. (2021). *The Continuity of Turkish Foreign Policy toward Armenia*. *Turkish Studies*, 22(4), 610–627.

Oran, B. (2023). *The Persistence of Denial: Turkey's Official Narrative on the 1915 Events*. In B.

Oran (Ed.), *Turkish Foreign Policy and Historical Legacies* (pp. 105–128). Ankara: İletişim Yayınları.

Pérez Fernández, D. (2016). *La política exterior de Turquía con Siria e Irak bajo el ejecutivo del AKP: de la amistad a la confrontación*. La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura, (Extra 8), 43–60.

Putnam, R. D. (1988). *Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games*. International Organization, 42(3), 427–460.

Reynolds, P. A. (1971). *Introducción al estudio de las relaciones internacionales* (F. Condomines, Trad.). Madrid: Tecnos.

Robins, P. (1991). *Turkey and the Middle East*. Royal Institute of International Affairs.

Şahin, M. (2021). *The Role of Turkish UAVs in the Second Nagorno-Karabakh War*. Defense & Security Analysis, 37(2), 158–169.

Şahin, M. (2022). *Turkey's Post-War Military Strategy in the South Caucasus*. SETA Perspective, 20(3), 1–12.

Sidjanski, D. (1965). *Décisions closes et décisions ouvertes*. *Revue Française de Science Politique*, 15(2), 251–269.

Swissinfo.ch. (2017). *La minoría turca de Bulgaria, dividida sobre Erdogan*. Swissinfo. Recuperado de https://www.swissinfo.ch/spa/la-minoría-turca-de-bulgaria-dividida-sobre-erdogan/43099240

Szpala, M., & Michalski, A. (2022). *Bromance: Turkey's activity in the Western Balkans*. OSW Commentary. Centre for Eastern Studies.

Taşpınar, Ö. (2008). *Turkey's Middle East Policies: Between Neo-Ottomanism and Kemalism*. Washington, DC: Carnegie Endowment for International Peace.

Tenekides, G. (1972). *L'élaboration de la politique étrangère des États et leur sécurité* (Vol. II). París: Université Paris V.

TİKA – Agencia Turca de Cooperación y Coordinación. (2024, 25 de julio). *TİKA Supports Sustainable Agricultural Development in Uzbekistan*. Comunicado de prensa.

Toktaş, Ş., & Aras, B. (2009). *The EU and Minority Rights in Turkey*. Political Science Quarterly, 124(4), 697–720.

Tomassini, L. (1991). *El marco de análisis de la política exterior*. In Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz 1990 (pp. 125–144). Bilbao: Servicio Editorial Universidad del País Vasco.

Toprak, M. (2012). *Turkey's Engagement in the Balkans: A Soft Power Approach*. Southeast European and Black Sea Studies, 12(3), 441–456.

Valcárcel, A. (2012). *El papel de Turquía como potencia regional en el Cáucaso y el mar Negro*. UNED. Dialnet.

Valiyev, A. (2013). *Turkey and Central Asia: Moving beyond Cultural Ties*. In E. Nuriyev (Ed.), *Turkish Foreign Policy and the Turkic Republics* (pp. 45–65). European Policy Centre.

Valiyev, A. (2013). *Turkey-Azerbaijan Relations: The Role of Energy, the PKK, and Regional Security*. Turkish Policy Quarterly, 12(3), 77–89.

Valiyev, A. (2021). *The Shusha Declaration and the Future of Turkish-Azerbaijani Relations*. Eurasia Daily Monitor, 18(115), 1–3.

Valiyev, A. (2023). *Strategic Realignments in Eurasia: Turkey's Central Asian Momentum*. Eurasian Geopolitics Quarterly, 7(1), 24–39.

Valiyev, A. (2023). *The South Caucasus After Ukraine: Shrinking Russia, Expanding Turkey*. Caucasus Survey, 11(1), 36–49.

Veiga, F. (2010). *La trampa balcánica: El imperialismo humanitario y la reconstrucción de Yugoslavia*. Barcelona: Ediciones Península.

Villalón, L. (2024). *"Ni Israel ni Hamás confían en Erdogan como mediador"*. Política Exterior. Recuperado de https://www.politicaexterior.com/articulo/ni-israel-ni-hamas-confian-en-erdogan-como-mediador/

Vračić, A. (2016). *Turkey's Role in the Western Balkans* (Research Paper RP 11). Stiftung Wissenschaft und Politik.

Vuksanović, V., & Hercigonja, S. (2023, 17 de mayo). *If it ain't broken, don't fix it: Turkish Foreign Policy in the Balkans after the Elections*. European Western Balkans.

Vuksanović, V., & Hercigonja, S. (2023). *Turkey's Foreign Policy in the Western Balkans and the Middle East: Between Strategic Autonomy and Regional Balancing*. German Marshall Fund Policy Paper.

Walker, J. (2007). *Turkey's Imperial Legacy and its Relevance to Contemporary Turkish Foreign Policy*. London: Chatham House.

Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. Reading, MA: Addison-Wesley.

Wendt, A. (1992). *Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics*. International Organization, 46(2), 391–425.

Winrow, G. M. (2009). *Turkey and the Caucasus: Cooperation or Competition?* Southeast European and Black Sea Studies, 9(3), 323–335.

Winrow, G. M. (2022). *Turkey and Georgia: Practical Neighbours in a Strategic Environment*. Turkish Policy Quarterly, 21(1), 111–127.

Winrow, G. M. (2022). *Turkey–Georgia Relations and the Wider Black Sea Context*. Turkish Policy Quarterly, 20(1), 88–101.

Yaycıoğlu, A. (2022). *Pan-Turkism and Turkey's Foreign Policy in Central Asia*. Journal of Eurasian Studies, 13(1), 59–73.

Yavuz, M. H., & Özcan, N. A. (2019). *The Turkish Military's March toward Autonomy: From Guardian to Subordinate Actor*. Middle East Policy, 26(2), 44–59.

Yesevi Üniversitesi. (s.f.). *Hakkımızda – About Us*.

Yousuf, A. (2025). *Türkiye's Reappearance in the Western Balkans*. Daily Sabah. Recuperado de https://www.dailysabah.com/opinion/op-ed/turkiyes-reappearance-in-the-western-balkans

Yücel, M. (2011). *Atatürk's Foreign Policy Principles and Their Reflections in Contemporary Turkish Foreign Policy*. International Review of Turkish Studies, 1(2), 1–18.

Zürcher, E. J. (2004). *Turkey: A Modern History*. I.B. Tauris.

Zaman, A. (2010). *Turkey-Armenia Protocols: Dead on Arrival? Turkish Studies*, 11(3), 435–450.